

Capítulo II

Un intento de Ontología

Lo primero que se debe decir, al intentar hablar del sufrimiento, es que es un tópico tan amplio y con tal cantidad de facetas e implicaciones, que no creo que haya nadie, con un mínimo de inteligencia, que no esté de acuerdo en que resulta virtualmente imposible no ya el agotarlo, sino simplemente tratar de entender bien a bien algunas de esas facetas, y ello por múltiples razones. Mucho es lo que se ha dicho, y más se dirá desde los más opuestos puntos de vista y con los más diversos enfoques, pero (y ésta es mi personalísima opinión, tómese con las reservas del caso) si bien se han logrado avances muy importantes en lo intelectual, lo material, en cuanto al “marco legal” y la calidad de vida, por desgracia no se puede negar que poder hacer uso de tales avances le está “permitido” sólo a muy pocos hombres y mujeres, y no porque se encuentren bajo llave sino, llanamente, porque muy pocos tienen la preparación y el ánimo para enfrentarse a tales “explicaciones”. ¡La enorme mayoría de la gente lo que quiere son soluciones! Yo, por mi parte, quisiera poder llegar a la raíz del asunto; me propongo ser filósofo: intentaré ver si puedo encontrar su causa íntima. Y qué mejor modo de hacerlo que partir del Fin último del Hombre en su paso por estos lugares. Más adelante espero ser capaz de mostrar que tratar de llegar a lo último, partiendo de algunos “datos” (en el sentido estricto del vocablo: lo dado) parciales no nos conduce a nada en concreto, pues nos deja solamente con contestaciones trucas. Sin embargo, por otro lado, buscar la esencia misma del asunto a muchos les provocará encontrar las aplicaciones que urgentemente necesitan; pero ante esto, me remitiría al Proemio de este trabajo: el filósofo “no puede ni tiene que dar recetas específicas; no es un ideólogo y mucho menos alguien a quien competa, de manera directa, la resolución de los problemas. La filosofía

104 no es [...]”. Y la cuestión es como para comentarse. Nos sucede lo mismo que a muchos científicos que se dedican a hacer lo que ellos llaman “ciencia pura”; a una enormidad de colegas, para no hablar del común de los mortales, les parece una pérdida atroz de tiempo, esfuerzo y recursos el estudio matemático de los “procesos caóticos”. Y, a pesar de todo, ya se empezó a lograr establecer algunas relaciones de éstos e los patrones cerebrales de personas con epilepsia.

POSTURAS ANTE EL SUFRIMIENTO

a. La paciencia

Yo diría que la clave aquí es la paciencia para que la “ciencia pura” dé sus resultados; de ningún modo, el abandono y la desesperanza; tener confianza en que se está trabajando y que ese trabajo, aunque parezca muy abstracto y alejado de lo cotidiano, algún día tendrá aplicaciones en bien de la humanidad.

De acuerdo con nuestras capacidades —y limitaciones—, todo Hombre y toda Mujer tenemos nuestros gustos, intereses, deseos, hábitos, virtudes, vicios, cualidades, defectos, anhelos, aspiraciones y necesidades; además de muchas otras características tanto físicas, como psicológicas, espirituales, afectivas; vamos, lo que podemos llamar nuestra personalidad, que no es otra cosa que la manifestación de nuestra Persona ante quienes nos rodean y, en general, ante la sociedad en su conjunto. Pero esto, que es por todos sabido, ya en la vida cotidiana no resulta tan sencillo, a veces en verdad es un rompecabezas; nada más recordemos lo que dice el adagio metafísico: “lo que se recibe, es recibido al modo del recipiente”. Y como es claro, resulta que cada persona o grupo social tendrá su forma muy particular de hacer sus cosas, cosas que van desde la manera de preparar sus alimentos hasta el modo en el que conduzcan sus relaciones con la Divinidad, y desde luego, cómo busquen sus Fines, el último incluido. Obviamente, cada quien buscará lo que considere que le va a ayudar a obtener lo que le sea de mayor provecho y le permita alcanzar eso que busca, y de la manera más explícita. Y como nuestro adagio lo hace ver, a cada uno le será más o menos fácil o difícil descubrir lo que desea y cómo lograrlo: la Felicidad en general, y para llegar a su posesión, sus necesidades. Pero para ello veamos lo siguiente.

El meollo del problema de cada ser humano es el ser capaz, como individuo, de identificar con claridad suficiente sus necesidades reales muy particulares, ya que de esta identificación depende lo fácil o difícil que le será

poder alcanzar su Felicidad. Felicidad accesible únicamente en la medida en la que las expectativas que la persona se forje estén en concordancia con sus circunstancias. Si las expectativas sobrepasan las posibilidades, es claro que jamás encontrará aquel hombre el “acercamiento” de lo que él desearía con lo que puede realmente tener. Obviamente, nuestro amigo nunca va a estar contento con lo que tiene y siempre se pasará buscando lo que él cree que le hace falta. Respecto a lo anterior estaba yo pensando en algo que no representa mayor problema: la simple posesión de un objeto. Es muy fácil poseer algo, pero es muy difícil y nos crea muchos conflictos saber quiénes somos. Como ponerme a buscar al que soy ahora, cuando creo ser “x”, y resulta que estoy lejos de serlo... Éstas sí son cuestiones un poco más profundas.

EXPECTATIVAS Y NECESIDADES

Si lo anterior parece fácil, tenemos que dejar asentado, con mucho énfasis, que no lo es y está muy lejos de serlo. Del párrafo anterior uno podría imaginarse que en estos menesteres todo es blanco o negro pero, ¡cuidado!, la más elemental de las experiencias nos compele a mirar que hay toda una gama de grises. En efecto, aquello que para alguien resulta ser una necesidad vital, para otra persona es un desperdicio y no debemos ser tan ingenuos como pare creer que esto se da sólo en los “niveles superiores” del ser humano (como cuando se tiene que tomar una decisión moral o intelectual que afecte su vida y quizá la de muchos otros); no, la cosa abarca ¡todo! Hay personas que no pueden ponerle sal a su comida; las hay quienes con dormir dos o tres horas al día están en perfecta capacidad para trabajar toda su jornada, cuando otras necesitan siete u ocho horas...

Como veremos adelante, necesidades y expectativas son, podríamos decir con confianza, inseparables cuando hablamos del sufrimiento, de ahí el que deba yo hablar de ellas con el mayor cuidado y tratando de ser lo más agudo que mi intelecto sea capaz al adentrarse en el tema para así poder explicarlo con la mayor claridad.

Toda expectativa lo es, únicamente en la medida en la que esté ordenada a un Fin; si no, no pasa de ser una castillo en el aire, hermoso quizá, pero del todo fútil y hueco.

¡Ah!, pero al hablar de expectativas hay que ser en extremo cuidadosos para no caer en la ilusión de suponer que todas ellas son iguales en

106 importancia o en valor y hasta en oportunidad; o de que todas ellas tienen un fundamento real y podemos manejar intelectualmente a todas como si compartiesen las mismas categorías. Como con cualquier ilusión, hemos de ser en extremo críticos al punto de parecer suspicaces; siendo fieles a la verdad, me parece que debemos de ser muy acuciosos para descubrir si en realidad nuestro interlocutor tiene bases lo suficientemente firmes como para apoyar en ellas su expectativa de lograr lo que anhela, y que no le suceda como a muchas personas que nada más sueñan sin jamás concretar lo que desean, pues nunca trabajan para realizarlo.

a. Definición de expectativas

Dado que estoy fundamentando toda nuestra discusión acerca del sufrimiento en la noción de “expectativas”, es indispensable encontrar una definición satisfactoria de éstas en la cual poder apoyarnos con seguridad para fincar este comienzo de investigación. El problema es que no he podido encontrar ninguna que me satisfaga del todo. Debido a ello, lo que me propongo hacer es empezar con una especie de plática entre tú, Lector, y yo, con la que espero poder mostrarte por qué, a mi parecer, es en este concepto en el que hemos de poner nuestra atención para llegar a una explicación del sufrimiento. ¡Ojalá lleguemos al acuerdo de haber obtenido la más profunda y fundamental de todas!

Un modo muy rudimentario para entender lo que son las expectativas, me parece, podría ser visualizarlas como una especie de aparejo o cualquier otro instrumento mecánico que sirva para producir tensión. En este ejemplo, la supuesta tensión no es entre “cosas”, es más, no sería una tensión “real” (en el sentido metafísico del término), puesto que no es indispensable de la inteligencia; siempre será la tensión entre los deseos y los anhelos de la persona, y la realidad a la que tiende, la causa directa de las expectativas. Todo esto, naturalmente, con los matices que cada persona le dé a su búsqueda. Una expectativa existe donde hay una tensión entre una necesidad insatisfecha, correspondiente a una realidad y el deseo de verse inmerso en ella; sin embargo, no es suficiente el simple deseo, por muy fuerte que sea: es indispensable la decisión y actuar para alcanzar la realidad deseada. Si querer algo se acaba en el mero antojo, no cabe —siquiera— la posibilidad de hablar de expectativas. Tan necesaria es la decisión, el empeño, la determinación (como la gente común entiende el término, no en su acepción ontológica) de obtener ese “algo”, como algún grado de certeza de vernos recompensados al cabo de

nuestro esfuerzo. Y me parece que es en esta característica en la que debemos comenzar a buscar el verdadero y real fundamento de una expectativa pues, si como lo dije, “toda expectativa lo es únicamente en la medida en la que esté ordenada a un fin”, es este Fin el que le otorga sus cartas de realidad y de esencia. Sí, porque si las expectativas son algo real (y eso es lo que estoy asumiendo en toda esta argumentación), no es posible establecer que su “sustancia” le está dada sólo por los vaivenes “de los meros antojos” de alguien, que puede no saber con toda certeza ni qué es lo que quiere o, sencillamente, no le interesa saber por qué lo necesita y por ello lo desea; y como lo sabemos demasiado bien: tan lo puede querer ahora, como que al rato ya se le olvidó.

Tengo que hacer énfasis en que cuando dije aquí antes que la “tensión” no es una tensión real, quiero decir que:

a) No es un ente real, sino solamente un ente de razón, debido a que no es más que la relación entre una inteligencia y una realidad, y

b) Lo dicho no pasa de ser un ejemplo, para facilitar la visualización de “cosas” poco claras, o por lo menos, ambiguas.

Muy otro es el caso de los entes a los que se refiere el ejemplo: las expectativas. Existen en nuestras mentes, pero son tan reales que en múltiples ocasiones son ellas de las que sacamos las fuerzas para seguir en la lucha y el trabajo de todos los días.

Tenemos que suponer, pues en parte la experiencia así lo atestigua, que nuestras expectativas nunca quedarán del todo realizadas. Siempre existirá ese elemento de tensión entre nuestros deseos y nuestros anhelos, y lo que seamos capaces de conseguir en la vida. Sólo imaginemos —o recordemos— a alguien que supuestamente ya consiguió todo lo que esperaba de la vida; podría afirmar, sin temor a equivocarme, que esa persona se pasa el día dejándose pasar por el tiempo..., ya no hay nada por lo cual esforzarse, todo interés se ha perdido, toda su Humanidad desperdiciada. Y es que basta con pensarlo un poco para darnos cuenta de que una persona ambiciosa no tendría, en absoluto, los mismos deseos y anhelos que algún colega suyo de existencia. Que tenga su única meta en la pura subsistencia, suponiendo —sin gran esfuerzo de imaginación— que la persona ambiciosa proviene de una “cultura” en la que la superación personal se basa en aspectos externos

108 de posición y de poder que le “garanticen” a sus miembros una especie de seguridad y desahogo material en el futuro, en todo lo posible. Queda así implícito que nuestro segundo amigo, para quien la cosa es mucho menos urgente —aunque no por ello menos importante—, no tendrá necesidad de hacer todo lo que hace, con el mismo “apasionamiento, intensidad y hasta —quizás— una pequeñísima dosis de “egoísmo” que su posesivo e impulsivo congénere, ya que aquél, que sólo sentirá estarse superando como persona si logra obtener más que los demás, lo hace así debido a una deformación en su personalidad, mientras que éste, para quien lo más importante en su vida es no padecer hambre —ni él ni los suyos— actúa como lo hace, por la forma de ser que ha heredado de sus ancestros y que ya es parte de su cosmovisión.

Y es que cuando el Hombre pierde su necesidad de búsqueda, se pierde irremisiblemente a sí mismo. El Hombre no puede negar que nació para tener y únicamente cosas muy específicas poseer; tal negación lo dejaría sin deseos. Si bien algunos sistemas filosóficos y religiosos mantienen que el origen de todo sufrimiento es el deseo, nadie podrá negar que, por lo menos en todo ser humano, permanece un deseo constante durante toda su vida: el deseo de no sufrir. Así que eso de que hay que suprimir el deseo para no sufrir, como que suena a “suprimir el deseo, para no desear”.

Lo que sigue ilustrará esto.

Es imposible suprimir la tensión entre los deseos y la realidad, y me atrevería a afirmar que ni siquiera es saludable; es ella la causante directa de las expectativas. Y como ya lo dije, un humano sin ellas pierde —casi— todo su interés en la vida, y en vivir. Ahora bien, creo que debo ahondar un poco en lo dicho sobre lo saludable de mantener una cierta tensión entre nuestros anhelos legítimos y la realidad. Permítaseme presentar a su consideración el siguiente argumento: estaremos de acuerdo —hasta aquí— que si esta tensión es la causa de las expectativas y la pérdida de éstas es la causa del sufrimiento, entonces como que suena muy razonable esperar que, en aras de una vida con menos sufrimiento, la dicha tensión tampoco desaparezca, ya que si se pierde la causa... Claro está que, según lo expuesto unas líneas antes, cuando alguna equis tensión sobrepasa los límites que sus limitaciones imponen a una persona y se convierte en una obsesión, pierde del todo su carácter de algo saludable y que es bueno y deseable mantener, y se convierte en autodestructiva y, tarde o temprano, acaba por hacer que esa expectativa a la que daba origen se pierda, provocando que la persona padezca el efecto que, sostengo como tesis en este trabajo, es el sufrimiento.

b. Tipos de expectativas

Hay, sin embargo, un hecho del que se debe hacer mención al hablar de las expectativas, pero ya en el contexto puramente interior; es decir, ya no en tanto pudieran ser un “puente entre los deseos y anhelos de una persona y la realidad a la que tiende dicha persona”, cuando lo fundamentado que estén esas expectativas de acuerdo con las capacidades, habilidades, destrezas, aptitudes, intereses, ilusiones, fines, objetivos... Sí, porque es muy difícil:

- a) Que la persona se conozca a sí misma y se acepte como es, con sus cualidades y sus defectos y sus carencias; y
- b) Sepa lo que en verdad quiere.

Aquí tal vez resulte muy poco diplomático, pero bastaría con remitir al lector a su propia experiencia para ilustrar este punto. No es cuestión de mucho trabajo para que podamos llegar a la conclusión de que una persona puede sólo dos tipos de expectativas, dependiendo de los dos puntos expuestos líneas antes. Una persona sólo puede forjarse dos clases de ellas: las reales y las que yo llamo fantasiosas.

Por otro lado, las expectativas reales que están fincadas en un autoconocimiento profundo y veraz y una muy perspicaz percepción de la realidad en la que está inserta la persona, a todas luces son lo que para todo ser humano debe ser el ideal. Del otro lado, una persona inmadura, que no sepa quién es ni lo que quiere, tendrá las más bellas ilusiones en lo que se refiere a lo que puede alcanzar en la vida; empero, nunca pasarán de ser eso: meras ilusiones. Sueños con los que no es posible más nada que sentarse a esperar a que la realidad, por alguna especie de inexplicable aventura *ad nutum*, los traiga al ser en este pícaro mundo y se los obsequie al soñador, cuando el sueño es más profundo y se aparece con sus más exquisitas promesas que, ya sabemos, no pasan de eso. A esto, los que saben, lo denominan “algo” idealista; lo cual, a todas luces, dista mucho de ser lo ideal. A este tipo de expectativas las llamo “fantasiosas”, pues su único sustento se encuentra en la febril imaginación de estas personas que casi nos ahogan en los marasmos de sus cuentos, repletos solamente de fantasías.

Para ver lo anterior con toda claridad, basta con un sencillo ejemplo: una expectativa real que me he forjado, en lo que a este trabajo se refiere, es que sea un buen instrumento que agilice el trámite de mi titulación. La creo una expectativa real, pues los comentarios que me han hecho varias personas que han leído partes de él han sido, en general, favorables. Otra, sería que,

110 dado el esfuerzo, empeño y cuidado que en él he invertido, y el cariño y dedicación con los que lo he escrito, lo hagan trascender del ámbito de lo puramente académico y llegue a manos de quien pueda obtener algún provecho. Del otro lado, expectativas del todo fuera de razón y algo locuaces rondarían por los terrenos de premios y prebendas, etc., por el mero hecho de la osadía de presentar mi trabajo. Sí. Desde luego, existe la remota posibilidad de que la Divina Providencia me conceda el “milagro”. Sin embargo, y con los pies en la tierra, el único fundamento de esa supuesta expectativa solamente lo encontraremos en algunos delirios de grandeza que no he logrado superar.

En este ejemplo descubro que hay algo mucho más sutil que subyace bajo su exposición, la que tuve que presentar en forma de total y muy seria ironía: era de mí de quien escribía... Pero retomando el hilo de lo sutil, caí en la cuenta de que si tengo muy a las claras la que pudiera ser una expectativa real, de las que no pasan sino de vanas locuacidades, es debido a que **conozco mi realidad ubicándome de lleno en ella**. No pidiéndome ni a mí ni a los demás, lo que sé que está más allá de mis posibilidades: no soy tan ingenuo como para suponer que un atleta parapléjico (que obviamente se mueve en su silla de ruedas porque no tiene movimiento en sus piernas) juegue su deporte al mismo nivel que un atleta que cuente con todas sus facultades en plenitud. No es ése su lugar.

Y desde luego, no se trata de un lugar exterior, no es que se busque una ubicación en la sociedad, la familia o en quienes nos rodean. Se trata de encontrar la ubicación real de las cualidades y los defectos, las posibilidades y los problemas, etc., que nos imponga una equis condición. Retomemos el ejemplo del atleta: sería estar totalmente desubicado —el atleta que carece de todas sus facultades de movilidad— si se pusiera como meta ser admitido como jugador regular de un equipo profesional de su deporte. Es difícil, pero no queda otro remedio que conformarnos —no dije dándonos por vencidos— a las circunstancias en las que la vida nos va poniendo; hay que formarnos con ellas el destino al que más provecho podamos sacarle y dejar de construir castillos en el aire; que, añadido a lo dicho, además de fútiles, son peligrosísimas trampas...

Creo que ya puedo dar el siguiente paso para salir de los cómodos ejemplos y no hacer el esfuerzo serio de reflexión que debe normar en trabajos como el presente. Ejemplos que de tan fáciles son una tentación para ponerlos todo en tales juegos.

c. Diferencias entre expectativas y esperanzas

Ahora bien, hay que ser muy cuidadosos para no caer en la trampa de confundir “expectativas” con “esperanzas”. Mientras que aquéllas son producto de una reflexión en la que, suponiendo el mejor de los casos, de modo inevitable habrá de tener un papel más o menos importante la inteligencia, de cumplirse los supuestos antes mencionados del autoconocimiento y de que éste se traduzca en el saber qué se quiere; además, no debemos olvidar que las expectativas son creaciones conscientes de la persona, en las que expresan sus deseos e inquietudes de acuerdo con lo que sabe que puede y tiene.

Por otro lado, tener esperanza no necesariamente conlleva la intervención voluntaria de la inteligencia; tener esperanza de que algo se dé, lo entiendo en este contexto como el estar “abierto a la posibilidad”... Mientras mayor sea la necesidad de algún suceso, el deseo será más o menos intenso, pero no habrá en él ni implícita, ni explícitamente, la disposición a la acción, que es a lo que me referí al decir “intervención voluntaria de...”.

Todo se queda en el deseo y en la añoranza, se estropea o florece. No me parece necesario aclarar que, desde luego, esta “esperanza” a la que aquí aludo no tiene nada que ver con la Virtud teologal de la Esperanza que así, “a ojo de pájaro”, me atrevería a decir que es “la confianza que el cristiano tiene en la existencia de Dios, entre otras muchas cosas”, en las que todo cristiano debe confiar.

d. Fundamento de las expectativas

Pero, volvamos a la realidad de las expectativas. Hemos de estar de acuerdo en que, para que un Fin se pueda tomar como fundamento de algo es necesario que sea, a la vez, “causa eficiente y causa final” de aquello que fundamenta. Hay, por ahí, una palabra que nos dejó acuñada Aristóteles, con la que voy a intentar decirlo todo, y aunque no estoy seguro de emplearla correctamente, sé que alguien tendrá compasión de mí y me corregirá si estoy cometiendo una de mis frecuentes tonterías, cosa rara si mi uso de la palabra fuese el adecuado. Según lo veo, Aristóteles diría que “lo fundamentado es entelequia del fundamento”. Así pues, las expectativas son una entelequia del Fin. Y mientras más apegadas se encuentren las expectativas al Fin que las alienta, mayor será su fundamentación y, por lo tanto, su realidad. Una realidad que queda condicionada a la consciencia que la persona posea de lo necesario que le es ese Fin, pero de ninguna manera sustentada en su ser, sólo por el mero antojo del momento.

Abramos aquí un pequeño paréntesis para añadir un comentario, casi anecdótico, al párrafo anterior. Reafirmará lo dicho.

Contrario a la acepción pseudopopular del término “entelequia” pseudo-popular porque si acaso alguien la usa no es, para nada, el pueblo que jamás lo ha oído, sino alguno que otro “leído” que se quiere dar sus ínfulas de muy culto. Generalmente estas personas emplean la palabra para denotar algo inexistente, fantástico y que carece en absoluto de fundamento. Nada más alejado de la intención del Estagirita, quien hace uso de él en la *Metafísica* y en el *De Anima*. Aunque si bien de una manera ambigua, por ejemplo, en el *De Anima* dice que “el alma es entelequia del cuerpo”, implicando que el alma es “el sustento y aquello que da forma (sustancial)” al cuerpo; en la *Metafísica*, a veces lo usa como sinónimo de “energía”, pero siempre como aquello que lleva algo a su perfección, o sea, a su Fin. Me disculpo pues las citas no son exactas. Como sea, de la apología del padre R. Cruz me quedó muy clara la conexión entre la entelequia y el Fin. Y si algo recuerdo con claridad de aquella exposición, es la etimología que nos dio el padre del término (en caracteres griegos, por supuesto): *en-telos-ejon*, que me atrevo a traducir como “tenido en —y por su— Fin”, i.e., su perfección. Pero en el caso del ser humano esto nos lleva a muchas paradojas, cuando no a contradicciones evidentes. Quedo así tranquilo y cierro el paréntesis.

Sin embargo, no podemos evadir la pregunta: ¿por qué el Fin es fundamento de las expectativas? Es necesario dar una contestación, pues toda la noción de expectativa está íntimamente imbricada al concepto de Fin. Véase si no, al leer este fragmento de una de las acepciones del término en el *Diccionario de la Real Academia Española*: “3. Posibilidad, más o menos cercana o probable, de conseguir un derecho, acción, herencia, empleo u otra cosa, al ocurrir un suceso que se prevé o al hacerse efectiva determinada eventualidad”. Es decir, lograr un Fin.

El problema salta cuando intentamos precisar en la idea de “Fin”, pues aun en los Diccionarios y Manuales de Filosofía se recurre al argumento de que es “lo que comúnmente entendemos...”. Como veremos adelante, si por Fin de algo entendemos la perfección, desde luego no podemos desligar esa perfección de la plenitud de todas las notas de su Naturaleza y la cabalidad del ser humano nos pone en aprietos, como una y otra vez lo he afirmado.

Sea de ello lo que fuere, creo que puedo estar tranquilo confiando en que no necesito meterme en más honduras tratando de exponer lo que

comúnmente entendemos, pasando, sin mayor prurito, al siguiente punto. Debo intentar una respuesta a la pregunta que no podemos evadir: he hablado de “antojo”, “consciencia”, “necesidad”, “persona”, “Fin”, “entelequia”, etcétera. También dije que se requiere algún grado de certeza —de obtener ese Fin— para tener bases en las que apoyarnos, si queremos hablar con un mínimo de autoridad sobre las expectativas (lo último que me propondría sería cantinflear). Tener un cierto grado de certeza implica que el nivel espiritual o mental de la simple esperanza de conseguirlo ha quedado atrás, y esto es importante pues constituye el más fuerte acicate para la puesta en obra de todas las acciones que nos permitirán conseguir el Fin deseado. Ahora bien —y esta aclaración no sale sobrando—, es claro que al hablar aquí de esperanza, de lo que estoy hablando es de esa especie de anhelo por el que todos pasamos, especie de querer que algo suceda, pero sin nosotros poner ningún esfuerzo por que se dé, que no tiene que ver nada con la virtud de la Esperanza. En definitiva, para que una expectativa adquiera carta de ser ha de estar firmemente ligada a su Fin por el compromiso que la persona se haga, consigo misma, de conseguirlo y para que dicho Fin sea merecedor del compromiso de alguien es porque esa persona ve en él la satisfacción de una necesidad que debe ser satisfecha, es decir, una necesidad a todas luces real. Pero una afirmación como ésta requiere de una fundamentación suficiente: lo que hace de esta necesidad algo en verdad real, es el hecho de emerger directamente de la Naturaleza humana. Si la persona “siente” la necesidad, pero ésta no es una exigencia de su Humanidad, podremos concluir con toda seguridad que su compulsión no es otra cosa que una mera fantasía o un simple capricho del momento y, por lo tanto, no puede constituir el fundamento de nada.

En resumen: el Fin es fundamento de las expectativas, en tanto sean éstas la manifestación consciente de una necesidad y ésta, a su vez, fundamenta el Fin en la medida en la que tenga su origen en la Naturaleza humana. ¡Fácil!

Con esto en mente, podemos afirmar con seguridad que si las expectativas parten de la Naturaleza humana y no son simples deseos o caprichos, son “parte integrante” de la persona y por ello algo muy real, tanto que las podemos usar como el fundamento de otros aspectos de la persona. Ahora bien, establecido esto, queda claro que si las expectativas son la manifestación de sólo un Fin intermedio, y nos damos cuenta de que conseguirlo va a ser imposible, nos vamos a sentir. Como dirían los psicólogos, “vamos a quedarnos

114 frustrados”. Y este estado será tanto más intenso en cuanto veamos que la dificultad de alcanzar un Fin que tenga su origen en nuestra Humanidad raye en la imposibilidad, y será más y más intenso ese estado mientras más inherente a nuestra Naturaleza sea el Fin del que tengamos la expectativa y, por supuesto, estemos trabajando para satisfacerla. Es a este estado de tensión al que llamamos sufrimiento, y esto lo veremos con toda claridad en cuanto nos encontremos con la definición que propongo para él. Y, desde luego, en la explicación de ésta.

e. Relación entre expectativas y Felicidad

Ahora bien, como ya lo he dicho muchas veces, el Fin de la vida humana en la Tierra es la Felicidad. Pero esto, que parece tan obvio, no lo es. Y no lo es ya que no todos tenemos una idea clara de lo que significa eso de ser feliz; basta una hojeada a un libro de Historia de las Doctrinas Filosóficas para confirmar que todos y cada uno de nosotros los mortales tenemos nuestro peculiar punto de vista al respecto. Por mi parte, soy de la opinión, o más ben tengo la convicción, de que la Felicidad, para que pueda considerarse que alguien la posee, debe ser algo que, abarcando a la totalidad de la persona, la mantenga en constante estado de alerta para no permitir que se le escape. Al mismo tiempo, ha de ser siempre incompleta para que la persona no “se duerma en sus laureles”, y crea que ya la tiene ganada, ya que la alcanzó en plenitud y que ya no puede perderla. Y ha de ser duradera, algo que sea muy difícil de confundir con la simple e inocente alegría de un “buen rato”. Es, por tanto, importantísimo distinguir claramente que para nada es lo mismo el mero “estar contento” que “ser feliz”. Pero si me atrevo siquiera a hacer mención de esto, que para cualquier filósofo es del “dominio común”, es debido a que en mis pláticas con personas comunes, que no saben de Filosofía (porque ni les interesa ni le entienden), para ellos la Filosofía es “su filosofía”, que no es otra cosa que su personal forma de ver al mundo, la interpretación de esa visión y la consecuente actitud que adoptan para enfrentarlo. Basta un grano de inteligencia y sentido común para darnos cuenta de que este enorme grupo de pseudofilósofos lo constituye la gran mayoría de las personas, dado que los verdaderos filósofos con estudios disciplinados y ordenados somos la excepción, y cada vez más escasa. Pero ¿por qué hacer tanto escándalo de algo que es cosa sabida? Me preocupa mucho la confusión de la generalidad de la gente al constatar que en algo tan elemental pero al mismo tiempo tan

importante, esté la gente tan desorientada o desinformada: lo tiene todo al revés, confundiendo la causa con el efecto. Para ellos, “están felices cuando están a gusto”, es decir, “contentos”.

f. Definición de Felicidad

La misma maestra que nos dijo que el Hombre es un ser Bio-Psico-Social, nos dio una definición de Felicidad que me satisface, o por lo menos no me produce ningún conflicto intelectual, como en el caso de las características que nos dio para el ser humano. Según esta definición, **la Felicidad es la satisfacción plena, activa y permanente de todas las necesidades del ser Humano**. Pero párrafos antes dije que poseer la Felicidad es más que complicado; aquí voy a cambiar el derrotero de aquella afirmación, complicándola aun más: la Felicidad no se puede poseer, simple y llanamente porque la Felicidad no es un objeto o algo como el Conocimiento o la Bondad, que son cualidades con las que la persona se enriquezca. No, la Felicidad no se posee. Dado que es un Fin, para llegar a él se requiere de un continuo proceso de búsqueda que exige grandes esfuerzos, entre otros, el de la constancia. Un esfuerzo muy importante y que la gente no ve como tal es el de mantener la firme decisión para buscar la Felicidad. La enorme mayoría de la gente supone que le va a “caer del cielo o se la va a sacar, como en una lotería”. Esto último me lleva a la reflexión de que hay que tener muy en cuenta que toda esa corriente de pensamiento es en realidad muy reciente. Es decir, considerar la búsqueda y la consecución de la Felicidad son cosas exclusivas de nuestra responsabilidad y que nadie más que cada uno de nosotros “será el culpable” si no la alcanza.

Resulta inevitable aquí, y particularmente después de lo dicho en el párrafo anterior, plantear la siguiente pregunta: ¿es en realidad la Felicidad “el Fin” del ser Humano en la vida? O será acaso un simple proceso, un cuento de nunca acabar, que como en el caso del Sentido de la existencia, “se agota” en sí mismo para quedar reducido a una búsqueda sin fin. La contestación es sin duda incómoda, pues como en el susodicho caso del Sentido “sólo” nos remite a la “respuesta” que como personas seamos capaces de dar; o puesto en otros términos: ¿queremos o no ser felices? La respuesta es que la Felicidad es, sí, “el Fin”, pero... Pero es también —y quizá más importante— un proceso, y yo me atrevería a afirmar que es “el” proceso de la vida misma. Pero tal vez sea de igual importancia la forma en la que nos empeñemos en este proceso; creo que de ese modo de llevar a cabo dicho proceso depende en gran medida

116 la forma que tomará nuestra Felicidad. Sí, pues si lo meditamos un poco nos daremos cuenta de que la Felicidad de un místico debe ser bien diferente de la de un científico, sencillamente porque las necesidades de ambos son diversas y porque aun cuando todas ellas son necesidades humanas, de seguro cada persona les pone su propia impronta. Podría afirmar que aun para dos personas con los mismos —o comunes— intereses, la Felicidad varía de la una a la otra porque sus necesidades, nacidas de su ser distintas (aun en la semejanza), no pueden ser idénticas en ambas, como ya lo dije, debido a la diferencia en sus idiosincrasias, historias, circunstancias, características personales, gustos, etcétera.

Ahora bien, es lógico pensar que una persona feliz sea alguien que, al tener satisfechas casi todas sus necesidades viva más o menos contenta, lo que se reflejará en una actitud optimista ante la vida y las diversas situaciones en las que está vaya poniendo a su protagonista, quien será capaz de disfrutar, de forma gozosa, toda la gama de diversas experiencias con las que se va a ir enriqueciendo en todo lo que acometa en compañía de quienes lo rodean y que habrá de redundar en cosas buenas, tanto para ellos como para todos los seres humanos, en su paso por este mundo.

Al decir que cada uno de nosotros es responsable de conseguir su Felicidad, supuse asimismo que las manifestaciones externas e interiores (externas como la alegría que mostramos al estar en una amena tertulia con buenos amigos; interiores como la íntima y “maliciosa” satisfacción de haber sido capaz de resolver un intrincado acertijo), son de igual manera “cosas” del ámbito de nuestra muy personal responsabilidad pero, ¡mucho cuidado! no me refiero únicamente a la conducta que adoptemos en cada una de ellas, ¡no! Hablo de la responsabilidad de poder encontrarlas, primero, y luego disfrutarlas cuando nos veamos en posesión de ellas.

En esta digresión pretendo hablar someramente, no me puedo extender sobre esto. Creo que no estoy sólo repitiendo lo que dije antes acerca de la Felicidad; aquí hablo de algunas de las maneras de acceder a ella.

g. Cómo obtener la Felicidad

Sí, se obtiene porque así como ya dije que la Felicidad no nos va a caer del Cielo como una dádiva gratuita obsequiada a algún mortal como regalo de Dios, así también afirmo que la persona que se haya estado labrando su Felicidad va a poder gozar cada acto que realice con ese propósito. Pero dado

que todos los actos de su vida están encaminados, en mayor o menor medida ha dicho fin, esta persona se la pasara más tranquila —en este sentido— que otro de sus colegas que no haya llegado a darse cuenta de esto y nada más trabaje y trabaje sólo porque —¡pues!— hay que trabajar para conseguir satisfactores de nuestras necesidades más inmediatas, pero sin que este trabajo posea ninguna otra cualidad que lo haga merecedor de una reflexión más personal y profunda, digamos, de carácter ético. Además, afrontémoslo, en la cultura en la que vivimos estamos acostumbrados a ciertos gratificantes que se deben recibir sencillamente porque nuestros bellos ojos han visto en una pantalla que se encuentra en el “cuarto de juegos” y que, en son de juego, moldea inteligencias infantiles y descuidadas, haciendo aparecer imágenes en las que los imaginados reciben amor, felicidad, bienestar, tranquilidad, destreza, astucia, poder; además de todas las cualidades y defectos que sólo la magia de los rayos catódicos es capaz de otorgarles nomás porque están “dentro” de la caja ésa. Sin embargo, los que saben de eso dicen que no es verdad que el amor se reciba por una hermosa mirada al “objeto” amado (aun y cuando éste sea pelirrojo y de ojos verdes); se puede deber a que dichos rayos no le dejen mirar la mirada que le echemos al “objeto” amado; ni tampoco es verdadero el mitote de la Felicidad “entregada” por angelitos color de rosa en un camafeo con una llavecita de diamante... y ya basta de tonterías. La única verdad aquí es que sólo con mucho trabajo, de ése que nos hace sudar, podremos conseguir, en algún grado, algunas de las dualidades antes mencionadas y sólo según nuestras capacidades, pero mucho cuidado con los defectos, esos sí pueden brotar espontáneamente si no tenemos cuidado de atajarlos.

Por otro lado, si estoy diciendo que “hay que ganar” la Felicidad con esfuerzo consciente, es imprescindible poner de relieve que disfrutar las cosas también es algo que cae bajo el ámbito de la responsabilidad personal. Pues así como la Felicidad se forja, el gusto por las cosas debe ser aprendido: no nacemos con el gusto por la lectura y para poder encontrar el placer en las cosas cercanas como un paisaje o una plática estimulante, se requiere de un aprendizaje adecuado que “abra” nuestra alma y nuestros sentidos para que sean capaces de dejar entrar toda la riqueza que hay en las cosas de la vida. Nadie podrá negar que en ocasiones resulta difícil dar ese primer paso, pues son muchos los prejuicios y miedos que hay que vencer ante reales o imaginados riesgos, la mayor parte de los cuales sólo tienen su origen y destino en la paralizante ignorancia que nos vela el ser, impidiéndonos toda posibilidad de acción. ¡El papel de padres,

118 educadores y “formadores de opinión” es acercar a las personas a la belleza de la manera más sencilla posible, para comprobar lo verdaderamente fácil y gratificante que es tener la capacidad para apreciarla, gozándonos en ella y por ella!

No, no se crea que el tener la disposición para el goce estético es algo que posea la mayoría de la gente. En el Proemio y en renglones anteriores de este capítulo comentaba con sorna las “enseñanzas” de los medios de comunicación respecto de este tópico, que desde luego trivializan como si careciera por completo de importancia para el desarrollo y, a la postre, afectan la madurez de las personas que se ven privadas de un Derecho Humano que es suyo. ¡Pero, claro, esto no se entiende —todavía— así! El meollo del problema es que poder tener un goce estético supone que se es capaz de encontrar, previamente, placer en cosas mucho más ¿sencillas?; pero si lejos de inculcarnos eso se nos bombardea con estupidez y fealdad, con morbo y violencia, vamos perdiendo esa “facultad” innata, a mi entender, con la cual somos capaces no sólo de encontrar el placer donde esté se halle, sino hasta de crearnos esos “lugares interiores de paz y belleza”. Dicho con supina cursilería: “tomando las riendas de nuestro placer”, pero jamás olvidando la responsabilidad que ello entraña. Sí, porque desde luego no puede pensarse que el “placer” que dice sentir un drogadicto cuando se encuentra bajo los efectos de la sustancia que lo tiene enganchado y con la cual se está autodestruyendo y mostrando una irresponsabilidad absoluta, sea un goce estético. En cambio, el sosegado placer del comensal que acompaña una delicada comida con el vino adecuado, con la plática estimulante de sus amigos, sí es un goce estético. Aunque hay una gran polémica en considerar esto como un goce estético. Y si se piensa que estoy exagerando, nada más te pediría, lector, que te preguntaras a cuántas personas conoces que no sepan que ¡la limpieza y el orden! son algo gozoso; que el trabajo en silencio da placer; que los resultados de la atención son disfrutables. Y así podría continuar mi listado sin meterme a ver lo que sucede con placeres más intensos o íntimos; pero, ¿a cuántas personas...?

VOLVAMOS AL SUFRIMIENTO

Una vez establecidos el Fin del Hombre en esta vida y las expectativas para lograrlo, debemos proceder a investigar si en realidad se puede definir el sufrimiento en función de ellos. El Fin del Hombre en la tierra es la Felicidad, como hemos dicho e intentado demostrar durante toda esta argumentación.

Sería ingenuo no suponer que toda persona no abrigue alguna clase de esperanza de lograr eso que, aun sin saberlo, desea obtener; es decir, resulta insostenible la tesis de que una persona sana no se forme muy a su manera, si se quiere, algún tipo de expectativas de llegar a obtener su Felicidad.

En la medida en la que una persona tenga más capacidades podrá encontrar más opciones para satisfacer una necesidad determinada con un número más amplio de vías de acción; entre ellas debe hallarse, desde luego, la óptima para dicha persona en las circunstancias que vive en ese momento dado y, por ello, será más fácil que encuentre la Felicidad. Ahora bien, para muchísimos seres humanos, sencillamente ¡no hay más opción que la lucha diaria por la supervivencia! Y no por razones de cosmovisión o culturales, sino debido a que sus Derechos Humanos más elementales son sistemáticamente violados y negados por la gente que detenta “algún tipo” de poder y no desea verse amenazada con que llegue a nadie a perturbar su cuestionable tranquilidad. Por esto, o por las causas que se aduzcan, es por lo que todos estos congéneres sufren, no porque carezcan de expectativas sino porque éstas les son arrebatadas. Al comienzo de este trabajo dije que no quería hablar del sufrimiento provocado por el hombre a otros y expliqué la causa de mi negativa, no puedo caer en la trampa de contradecirme, aunque ya lo hice.

a. La importancia de las opiniones

Lo que sí puedo hacer es tratar de indagar por qué alguien que por causa de la naturaleza (una enfermedad, un huracán, un terremoto o lo que a ustedes menos les guste, un accidente, un desastre tipo Chernóbil o Bhopal; o la desatada y “silenciosa” contaminación; o lo que ustedes teman más, como la publicidad o la dominación, la carencia o la hiperabundancia económica que sólo llevan a la deshumanización, etcétera) no pueda, no digamos realizar, quedémonos en forjarse, sus expectativas. No creo que haya que ir muy lejos, tomando en cuenta lo dicho en el párrafo anterior, para ver que lo que le sucede a una persona en tales vicisitudes es que simple, sencilla y llanamente ya no tiene opciones, o ya cansada y desalentada ha perdido las fuerzas para labrarse otras. Y sin opciones es casi imposible llegar a tener expectativas.

Son los miles de millones de seres humanos que subexisten sólo buscando una manera para no morir. Para ellos la cuestión definitivamente no es forjarse o no las expectativas de la Felicidad; para ellos el problema está en no rendirse ante el cansancio que les produce tener que seguir sobreviviendo;

120 y quizá lo hagan únicamente por el instinto de vida, léase: instinto de conservación, el más “cruelmente” poderoso que poseemos. Pero obviamente es “cruel” para éstos, nuestros congéneres que, por otro lado, si carecen de la expectativa de la Felicidad es debido a que nunca la tuvieron, pues desde su nacimiento todo lo que han vivido y es su mundo tiene muchas carencias de eso que les es debido poseer, como el bien que alberga una superabundancia de —digamos— elementos nocivos que conocemos como males. Ese mundo es el que ya no queremos y no podemos ver porque nos provoca conflictos mayúsculos en la Conciencia y en nuestra Solidaridad de humanos.

¡Ay!, en ese mundo la Felicidad estriba en que al final del día este congénere haya encontrado —o robado— algo que llevar a la boca para, después, poder tragarlo, sin que sea la causa de otra enfermedad.

Si estas personas ya perdieron, o nunca han tenido expectativas, sufren. Cómo puede alguien atreverse a decir que “en su mundo la Felicidad estriba en...”; o es una estúpida burla o no pasa de ser una odiosa contradicción o es un cuento dicho por un idiota y no significa nada. No lo creo. Lo que sospecho que es la verdad es que tanto la Felicidad como el sufrimiento son realidades que el Hombre “aprende por comparación”. Casi todas nuestras ideas acerca de las cosas de la vida las formamos por lo que vemos hacer a los demás, y claro que cada una de las personas hace sus cosas a su peculiar modo. De estas diversas maneras en las que vemos actuar a la gente nos vamos creando una idea de la forma, no sólo la manera en que se hacen las cosas, sino hasta cómo son. Es, pues, lógico pensar que quien solamente ha visto un solo modo crea que no hay otros, sencillamente porque no ha tenido otra referencia. Referencia que significaría posibilidad, pero si no hay ni siquiera la posibilidad, nunca se podrá cambiar porque no hay otras opciones. Y así se perpetúan carencias o abundancias materiales, psicológicas, sociales y espirituales para que, a fuerza de repetirse, pasen a formar parte de la historia de esa persona o ese pueblo que, por no haber tenido un punto de comparación, no pudo salirse del circulito en el cual ha pasado su vida sin vivirla. Más bien, siendo vivido por ella. Yendo al extremo, se podría decir que no habría nada por lo cual no suicidarse “justificadamente”; pero ya sabemos que esto significa nada.

En oposición a esto último hay, creo, un hecho en el que todos los seres humanos coincidimos: todo hombre y toda mujer tenemos “programada” la necesidad de que nuestra existencia sea fácil y con el menor número y complejidad en los problemas con los que nos vamos tropezando en la vida.

Ahora bien, en el tráfigo diario lo primero que se da es la necesidad específica identificada conscientemente, y de inmediato esa “programación interior” hará su aparición y nos pondrá enfrente la necesidad de la expectativa de “quitarnos de encima el problema” que en ese momento nos hace la vida difícil. Es decir, como que el “programa” no permite que nos quedemos desvalidos sin absolutamente ninguna expectativa, pues ello vendría a ser algo así como quedarnos sin el indispensable instinto de conservación, léase el Creador, que no nos deja solos a nuestra suerte y sin algo para protegernos.

Negar lo sería una ingenuidad. Si las expectativas actúan como acicate, en la mayoría de las ocasiones también constituyen algo así como un “acantilado” del que es muy fácil caer. Lo alto y/o peligroso de una expectativa que pase a serlo estará en función del grado y profundidad con los que se halle fundamentada, es decir, lo cercana o lejana que se encuentre de “nuestra” realidad. Evidentemente, si me forjo una expectativa del todo fantasiosa que no pasa de ser un mero sueño, el día que quiera realizarla me veré en serios aprietos, pudiendo llegar a sufrir por las consecuencias de mi falta de rigor a la hora de plantear mis Fines. Si mi búsqueda la hago al ahí se va, lo más probable es que sólo ponga zancadillas para mi futuro, pues lo estaré “hipotecando” sin tener en la realidad ningún respaldo sólido en el que pueda apoyarme cuando llegue el momento indiciado de realizar mi expectativa.

b. La belleza y la Felicidad

Un estudio o, mejor dicho, una revisión de lo que han pensado los diversos pueblos a lo largo de la historia no es el objetivo de este trabajo y nos apartaría grandemente de los fines que busco en él. Así pues, habrá que esperar otro lugar y tiempo.

Como el hombre de su tiempo que fue, Aristóteles no podía abstraerse a la forma de pensar de sus coetáneos; si bien muchas veces los superó, e incluso llegó a superar a gente de nuestros días... Una visión basada en la estética de sus compatriotas campea en toda su obra. Hasta en los estudios que en apariencia no tendrían ninguna relación con las cosas bellas como la Ética, encontraremos esa afinidad con la belleza. Por ello, como dice un historiador de la filosofía: “a un griego culto en general y al Filósofo en particular, la visión de un Dios sufriente les habría resultado punto menos que repugnante”. Desde luego, la cita no es exacta, ni con mucho, pero si me atrevo a parafrasear al historiador es por algo: lo confieso, en espíritu tengo mucho de

122 griego. O quizá sea sólo un defecto en la manera en la que entendí la formación recibida de mis padres y maestros, yo también pienso que ofrecer a Dios una molestia es... es una tontería, y entiendo que si le queremos obsequiar algo a Alguien, para su bien, debemos buscar algo que nos sea a nosotros placentero y satisfactorio, es por eso que cuando oigo que alguien le debe ofrecer al Señor su dolor o su incomodidad me parece hasta repulsivo. ¿Por qué no ofrecerle una fructífera y reconfortante sesión de trabajo?

Esta afinidad con la belleza resulta particularmente evidente en el Libro Primero de la *Ética a Nicómaco*, cuando Aristóteles emprende la discusión acerca de la Felicidad. Además del predominio del pensar Estético del pueblo griego, o debido del todo a él, en el juicio de las verdades morales hay una clarísima relación con la Política: así, el bien de uno no puede ser completo si no conlleva el bien de todos. Y siendo una Ética Teleológica fue escrita pensando siempre en la Finalidad natural humana, es decir, todo aquello que mueve al Hombre a su Fin natural es visto y tenido como bueno, mientras que lo que lo aparte de ese camino no puede ser nada sino malo.

Ahora bien, debo ofrecer aquí una disculpa, estando bien consciente de todo lo que estoy perdiendo y con lo que no vamos a poder enriquecernos... Pero no puedo siquiera pensar en intentar una mera revisión de algunas doctrinas filosóficas, revisión que tendría que ser mucho más superficial y por ello breve, que lo que me acabo de hacer con el Filósofo. Si me atreví a tal osadía se debe únicamente a que me doy cuenta de que tenía que haber en este trabajo, al menos, algo así como una suerte de ejemplo de lo mucho que los Hombres de pensamiento han cavilado sobre los temas, desde la Felicidad hasta el sufrimiento.

Hasta aquí no he hablado del tema central de este intento de investigación, sino sólo como consecuencia de lo Humano; ni siquiera lo he definido, ni todo está en su lugar; ya llegaremos ahí. Por el momento es insoslayable una aclaración.

4. CÓMO VEN EL SUFRIMIENTO ALGUNOS FILÓSOFOS ANTIGUOS

Este capítulo debería estar pletórico de citas y los previstos comentarios de quien esto escribe a lo que los filósofos y pensadores, artistas e intelectuales han dicho sobre nuestro tema. Y como se podrán imaginar, es mucho. Empero no las hay, y no puede haberlas, sencillamente porque al encontrarme ante

los autores cristianos me veo sumido en uno de los mayores conflictos en los que me he visto; y sufro. Un gran número de los autores cristianos que hablan del sufrimiento lo hacen desde el punto de vista teológico, por lo que el enfoque con el que ven el asunto es radicalmente diferente al mío. Por lo que hasta aquí llevo escrito y con lo que vendrá, ya el lector perspicaz habrá llegado a la conclusión de que mi tratamiento del tópico podría tildarse de —cuasi— hedonista, como telón de fondo de mi reflexión: ¡no está equivocado! Pero desde luego, no creo —eso espero—, haber agotado mis argumentaciones dentro de esa doctrina de pensamiento, y no es mi intención.

Ahora bien, mi conflicto viene del hecho de que, para algunos de esos autores, el sufrimiento debería ser una experiencia casi ¿gozosa? Y no resulta difícil imaginarse la razón de tal modo de pensar: “si Dios quiso sufrir como lo hizo, sólo para sellar una alianza con los hombres, éstos deben estar dispuestos a seguir su ejemplo y sufrir en reciprocidad para que el pacto siga vigente y que a los humanos no se les olvide lo que es capaz de hacer para que su Palabra se guarde”. Ahora bien, Dios, en la figura de su hijo Jesús, quiso someterse a todas las humillaciones que nos describen los Evangelios, para dejar testimonio de que, como nuestro Padre y Hermano, puede ponerse a nuestra altura para que no se nos olvide que tenemos que llegar a Él. Él eligió ese camino: en uso de su libertad optó por ese modo de darnos el ejemplo. Sin embargo, si ése fue el modo que el Señor escogió para mostrarnos un camino para crecer como seres humanos y aspirar a la trascendencia, no podemos olvidar que hay otros caminos para acceder a ese Fin. Hay —¿quién lo duda?— muchas sendas que no por ser más fáciles de transitar conducen a diferente meta. Con esto, lo que quiero decir es que si el sufrimiento purifica, dicha “purificación” no es automática; no por el simple hecho de sufrir tengo ya garantizada mi “entrada al Orden de los Principios”, eso a lo que llamamos “cielo” o “paraíso”. Si el sufrimiento de una persona no va acompañado de una actitud de crecimiento y servicio a los demás, ya puede haber todas las cárceles y humillantes formas de morir, como todos los placeres y desórdenes en los que vivir...

Si en apariencia mi tratamiento del tema es hedonista, el lector perspicaz ya habrá supuesto que lo es únicamente por la necesidad de encontrar la causa última del sufrimiento, la que solamente podré fundamentar si soy capaz de hallar el Fin último de la vida de los seres humanos. Pero para que ese hallazgo no parezca como sacado de la manga de cualquier señor mago

124 en su acto, me era imprescindible recurrir al “argumento de autoridad”. El que resulte que el tal Fin sea para el Filósofo —que escogí— el “criterio de vida” de los hedonistas, tiene poca monta si recordamos todo lo dicho en el capítulo anterior acerca del ser humano, respecto de lo que viene a ser su búsqueda cotidiana. Es hedonista el argumento únicamente por la premisa usada: de que el Fin del Hombre y la Mujer en la tierra es la Felicidad, y la tal premisa se obtuvo de la fuente: el Filósofo. Sin embargo, no es posible olvidar que el hombre y la mujer sólo están aquí de paso, su verdadero y último Fin es muy superior, vale decir: el Fin del Ser Humano es la Trascendencia. Y ésta se halla muy por encima de la simple Felicidad terrenal, que se acaba cuando morimos. Aunque hayamos estado toda la vida buscándola, aunque la hayamos encontrado o no, al morir, se termina.

Además, como ya lo hice ver, no estoy hablando del simple placer como criterio de verdad, sino de la Felicidad como criterio y norma de vida. Nadie en su sano juicio se atrevería a negar que la Felicidad produce placer como un “efecto” de haber sido obtenida. Es el Fin Humano de la vida, y por ello, la perfección del hombre y la mujer en sus mundos; sin embargo, si la Felicidad por sí sola causa placer no se puede decir que el placer produzca, él sólo, la Felicidad. Y esto es muy fácil de ver con sólo darnos cuenta de que jamás podremos tener demasiada Felicidad, pero sí en cambio, es posible llegar al hartazgo del placer. Ya lo dice el adagio popular: “hay placeres que matan”; mucho más hay que decir al respecto, pero no son éstos ni el lugar ni el momento idóneo. Ya habrá otro espacio y tiempo más adecuados.

Y con esta brevísima argumentación, no hace falta decir más nada, doy por demostrado que no agoto mis argumentaciones dentro de esa doctrina de pensamiento... ¡no era mi intención!

Una búsqueda, aun superficial, de los autores y las escuelas a las que pertenecieron, o dieron nombre, que hayan tenido como su criterio de vida la Felicidad, tendría que abarcar desde los antiguos hasta los contemporáneos, y por mucha que fuera mi capacidad de síntesis, es obvio que resultaría demasiado voluminoso como para pensar —siquiera— en incluirlo en un mero intento como el presente: sin contar el hecho de que supondría una desviación del objetivo que me he impuesto.

5. LA FELICIDAD EN LA DECLARACIÓN DE INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

125

Pero volviendo sobre mis pasos, como ya decía, esta corriente de pensamiento (considerar la búsqueda de la Felicidad como un Derecho Humano) es mucho muy reciente en la Historia del pensamiento. De hecho, uno de los documentos más hermosos que conozco en el cual se menciona, en los términos aquí descritos, es la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América, de la que transcribo el siguiente fragmento:

DECLARATION OF INDEPENDENCE

In Congress, July 4th, 1776

The Unanimous Declaration of the Thirteen United States of America.

When in the Course of human events, it becomes necessary for one people to dissolve the political bands which have connected them with another, and to assume among the powers of the earth, the separate and equal station to which the Laws of Nature's God entitle them, a decent respect to the opinions of mankind requires they should declare the causes which impel them to the separation.

We hold these truths to be self-evident, that all men are created equal, that they are endowed by their Creator with certain unalienable Rights, that among these are Life, Liberty and the pursuit of Happiness.

That to secure these rights, Governments are instituted among Men, deriving their just powers from the consent of the governed.

Traduzco y destaco en negritas lo que es de importancia para este trabajo; y en negritas cursivas una expresión más destacada aun:

DECLARACIÓN DE INDEPENDENCIA

En Congreso, Julio 4, 1776.

La Declaración Unánime de los Trece Estados Unidos de América.

Cuando en el curso de los eventos humanos, se convierte en necesario

para un pueblo disolver los vínculos políticos que los han conectado con otros, y asumir de entre los poderes del lugar el estatus separado e igual con el que la Naturaleza de Dios les confirió, un decente respeto a las opiniones de los hombres requiere la declaración de las causas que los forzaron a tal separación.

Mantenemos estas verdades como autoevidentes(;) que todos los hombres son creados iguales, que son dotados por su Creador con ciertos Derechos inalienables(;) que entre éstos están la Vida, la Libertad y la *búsqueda de la Felicidad*.

Que para asegurar estos derechos, los Gobiernos son instituidos entre los Hombres, delegándoles por consenso de los gobernados sus justos poderes.

Y naturalmente el documento continúa. Pero lo que nos interesa para este trabajo ya está expuesto.

Desde luego es necesario hacer aquí algunos comentarios. Cualquier persona que lea este documento no podrá menos que estar de acuerdo en que su belleza literaria es innegable, independientemente de su propósito. Sin embargo, también se debe decir que hay en él muchas ideas que deben provocar en nosotros la inmediata reflexión. Un análisis del documento completo nos separaría mucho de nuestro objetivo, así que voy a opinar únicamente sobre los párrafos que aparecen en este trabajo. Del primer párrafo me quedo con varias ideas que me ponen en conflicto. Cuando Thomas Jefferson escribe “people” (gente), no me queda claro, en modo alguno, que se esté refiriendo a lo que nosotros llamaríamos “pueblo”, o sea, el común del grupo de las personas que viven en un determinado lugar; más bien habla de quienes detentan una posición de liderazgo frente a la comunidad. Este pensamiento me viene a la mente, pues resulta evidente que no se pueden disolver los “vínculos” políticos sin afectar de algún modo —el que sea, no importa cuál— todas las demás relaciones entre los dos pueblos, y/o quizá sea al revés, el cambio en las relaciones económicas entre dos pueblos necesariamente acarreará un cambio. Tal vez al comienzo sea imperceptible, pero no se puede negar, y crecerá hasta hacerse patente afectando todos los lazos de posible unidad entre ellos.

Pero no puedo dejar inconcluso mi breve comentario:

Algo que se debe añadir al argumento del supuesto hedonismo, pero ahora como comentario a la citada Declaración de Independencia de Mr. Jefferson, es que hace gala de una perspicacia casi filosófica, diría yo en

broma. Al percatarse de que la Felicidad no puede ser el Fin, asienta que en el “sólo” buscarla consumimos la vida entera; y salvo contadísimas excepciones, podremos decir que alguien la ha alcanzado y que su vida es plena. Pero esto se debe a lo que ya dije acerca de la confusión de la gente sobre “estar contento” y “ser feliz”.

Sin lugar a duda, una de las partes más conmovedoras del documento es la que nos interesa. Aquélla en la que habla de la forma en la que fueron creados los hombres. Y como siempre, metiéndome en todos lados, no puedo evitar mi capacidad para hacerme varias preguntitas:

¿Puede alguien dejar de lado, aunque no esté de acuerdo con algunos “detalles” de la forma de ser de sus coetáneos, la idiosincrasia que le fue inculcada por esa comunidad en la que se formó? Me atrevería, con razonable confianza, a negarlo enfáticamente aduciendo que no se puede escindir a la persona de su historia, y que ésta se compone de una enorme cantidad de cualidades, del cúmulo de relaciones y experiencias que establece con quienes le rodean; además de los autores que conozca a través de sus lecturas y de pláticas acerca de otros. No podemos negar que había un grupo de lugareños que ya no deseaba acatar los designios de un gobierno que ya no era el suyo, pues estaba totalmente alejado de ellos, físicamente. Y en lo que se refería a sus necesidades, ni las conocía. Y sigo:

¿Quién es ese “pueblo” al que se refiere Mr. Jefferson? ¿Son acaso los adultos pobladores de esas tierras? ¿O pudiera suceder que ese hombre sagaz y agudo, pero hombre de su tiempo, al fin y al cabo, pensara como lo hacían los hombres de la Europa de esa época y, como buen anglosajón de origen y buena cepa protestante que ¡bueno sí, hay hombres y, además hay hombres!, con todo lo que esta forma de ver al ser humano trae aparejada? Sí, porque —verán—, dudo mucho que los esclavos —¡esos negros inmundos y malolientes, éstos que sólo sirven para el campo!— hayan entrado en la lista de los “creados por Dios”. (Lo que no impidió que, al quedar viudo, Mr. Jefferson tomara como concubina a una esclava negra suya, pero esto nadie lo sabe). ¿Las mujeres tenían, por ventura, el mismo protagonismo en la vida política que sus masculinas contrapartes o seguían siendo consideradas de acuerdo con el criterio aristotélico de ser varones frustrados, i.e., venidos a menos, mal logrados? ¿Y qué sucedía con los campesinos, los pastores, los artesanos, los comerciantes y demás prestadores de servicios, etc.; digo, por no preguntarme por los enfermos crónicos (pienso en un “afortunado” superviviente de la poliomielitis, gente con cualquier

128 deformidad física, que generalmente acababa como mendigo), eran o no hombres “creados iguales”? Todo esto porque tengo mis serias dudas de hasta dónde esas personas que producían beneficios económicos al Gobierno establecido vía sus impuestos o los del “noble” u hombre rico al que entregaban su trabajo, tenían derecho a tener, o de hecho tenían “representación”, ante dicho Gobierno. Si vemos con un poco más de atención el acontecimiento entre Mr. Jefferson y su esclava, estaremos de acuerdo en que “lo único” que buscaba Thomas Jefferson eran expectativas; nadie podrá negar que la pérdida de la esposa es, de hecho, una suspensión de las expectativas.

Y termino aquí mi comentario, pues debo volver al tema que nos ocupa.

6. CONCLUSIONES A MI REFLEXIÓN SOBRE LA FELICIDAD

Una vez que hemos logrado establecer que la Felicidad es “una utopía”, en el sentido de que es supuestamente inalcanzable para la gran mayoría de los seres humanos, las únicas conclusiones lógicas a las que podemos llegar son:

- a). Que la Felicidad completa es humanamente imposible de alcanzar;
- b). Que el mundo está lleno de personas infelices y, por ello, insatisfechas (con la multiplicidad de problemas que esto acarrea);
- c). Que a esas personas lo más que les queda es no perder las esperanzas de que algún día, por alguno de esos milagros tan raros en este mundo, algún Dios les permita hacerse de las fuerzas para decidirse a buscar obtener lo que por Derecho Humano les corresponde;
- d). Que dado que la consecución de la Felicidad completa es, por definición, según lo he venido argumentando, virtualmente imposible, y como los milagros están (en apariencia) muy escasos, lo más que podemos hacer los hombres es trabajar para mantener vivas las esperanzas de llegar a ser felices, y
- e). Que algo estamos haciendo mal, o por lo menos en un punto estamos equivocados de manera miserable, suponiendo que basta con soñar y rezar para que Dios nos otorgue gratuitamente lo que debemos conseguir con gran esfuerzo.

Lo que me aventuro a afirmar es que nadie nos dijo, ni nos dice, que **vivir es difícil**.

Ahora bien, establecido el Fin del ser Humano en su paso por este mundo, lo que me parece más lógico es pensar que cualquier “cosa” que obstaculice la obtención de ese Fin será causa inmediata de sufrimiento.

7. ORÍGENES Y CONTROL DEL SUFRIMIENTO

Desde luego, debemos suponer que no es posible que haya en el sufrimiento algún elemento que le procure a la persona que sufre una cierta clase de control sobre su estado, pues de tenerlo no es concebible que no lo ponga en práctica para terminar con su molesta situación. Así pues, parece razonable la afirmación de que no cabe hablar de “suspensión”, ni de “privación”, ni de “supresión”, ni de “limitación” —por mencionar sólo algunas de las posibles causas que produzcan la carencia— de las expectativas de alguien; a menos que ese sufrimiento sea provocado por algún otro “ser humano”, en cuyo caso será ese otro el que posea los elementos de control, y la persona que sufre seguirá a merced de una situación que lo domina.

Pero como lo expresé en el Prólogo de este trabajo, no voy a hablar de esa coyuntura; y no quiero hablar de ella, por la sencilla razón de que una de las escasas “cosas” que no tolero, ya que simplemente no entran en mi ser, es la “estupidez humana”. Naturalmente no estoy hablando de la ingenuidad, o la tontería, o los errores de alguien en particular; ante eso, lo único de lo que soy capaz es el respeto y la aspiración de que cuando me suceda a mí, cosa por demás frecuente, se me tenga la compasión que yo brindaría... No; hablo de la estupidez de la que se hace gala en una guerra, en las fábricas de armas, en el comercio de órganos humanos, en el narcotráfico, etcétera. Pero por favor, no se me tome por necio, no lo soy, no a ese grado. Intelectualmente entiendo, con algo de facilidad, las necesidades que son la causa de la elaboración de los tales “satisfactores”; sé que las guerras tienen sus motivos políticos, económicos, de “prestigio”, de poder —los juguetes pueden ser muy educativos al respecto—; el narcotráfico altamente lucrativo; el racismo, higiénicamente separativo... Y así, con la sola inteligencia, puedo vislumbrar motivos y razones; sin embargo, mi ser, desde mis vísceras hasta mis poros, desde mi sentido del deber hasta mi religiosidad, desde mi anhelo de Paz hasta las relaciones con quienes tengo afinidad, desde mis flojeras hasta mis raros instantes de lucidez, desde los recuerdos de mi infancia hasta los proyectos para mi vejez; en mí hay algo que no me deja tomar contacto con eso que he denominado

130 la “estupidez humana”. Pero, como ya lo dijera Pascal: “los motivos de la inteligencia suelen no estar de acuerdo con los del corazón”, y en mí no es sólo corazón el que se rebela, también la inteligencia. Recordemos, “una de las escasas ‘cosas’ que no tolero, ya que simplemente no entran a mi ser...”.

Una parte importante del crecimiento del ser humano estriba en conocer sus límites y limitaciones, y cuando me encuentro ante los grados de excelcitud de la estupidez humana arriba indicados, me percató de que adolezco de esa limitación. Mi tolerancia ante algunas facetas de la naturaleza humana es nula.

Aquí me veo en un serio problema al confrontar mi aversión y repudio contra las razones que no hacen más que atizar los “más bajos instintos” del ser humano, sin permitirle la búsqueda de algún recurso para reencontrarse con su humanidad. Se supone que debiera yo sentir lástima hacia los creadores de tales razones, empero, al hacer una introspección buscando en mí algo parecido, no lo encuentro. Y el problema es que mi conciencia está tranquila; me pregunto si no estaré perdiendo mi espíritu de autocritica sin dejar de ser, a la vez, solidario... No, siento lástima e inclusive hasta enojo y rabia contra esas personas, ¡¿y mi conciencia no me lo reclama?!

8. DEFINICIÓN CORRECTA Y SATISFACTORIA DEL SUFRIMIENTO

Pero ya es tiempo de volver a nuestra discusión central: la búsqueda de una definición correcta y satisfactoria del sufrimiento. Como —supongo— estaremos de acuerdo en lo dicho en algunos párrafos anteriores, acerca de la carencia de control, no creo necesario abundar sobre ello. Entre las características del sufrimiento mencionadas habrá muchas que el lector inteligente eche de menos, una que me salta a la mente en este momento es “terminación”. De igual modo, bastaría con ponernos a buscar y en breve tendríamos las suficientes, siempre y cuando no perdamos de vista la característica de la falta de control. Me parece que la clave del asunto no está lejos de ese recoveco. Debo ser muy enfático al afirmar que, desde luego, esas características y todas las que al lector interesado le vengán a la mente, no son —en mi opinión— sino causas próximas del sufrimiento. Y mi intento en este trabajo es encontrar la “causa última”. Es por ello que pasé tanto tiempo e invertí tanto esfuerzo tratando de encontrar el Fin último del Hombre en la tierra y mostrar que es válido emplearlo como fundamento de bases sólidas desde donde poder hacer una investigación mucho más detallada y comprehensiva, que

nos permita realizar el trabajo filosófico con el cual encontraremos algunas respuestas a tantas y tantas preguntas sobre el tópico que nos ocupa. De ese modo, la definición que propongo como punto de partida para el dicho estudio filosófico del sufrimiento es la siguiente: **“El sufrimiento es el efecto de la pérdida de expectativas”**.

a. Análisis de la definición

No hay nada en la definición precedente que nos lleve a pensar que la pérdida de las expectativas sea total o permanente. Es posible que suceda y, de hecho, así acaece en la mayoría de los casos de sufrimiento. Cuando una persona sufre, aquellas “seguridades” en las que había fundamentado su vida se ven afectadas. Es evidente, por otro lado, suponer que la pérdida total de las expectativas conduciría a cualquiera por senderos en extremo peligrosos, como quedará muy claro en este capítulo. Además, me parece muy difícil que una persona normal se vea en una situación de tan apabullante magnitud que la deje sin nada a lo que asirse. Pudiera suceder, claro que sí —no estoy diciendo que no—, pero para eso están los llamados “mecanismos de defensa” que, según los psicólogos, tenemos todas las personas.

Para ilustrar la anterior definición, de modo que sea rápidamente comprendida, basta recordarle al lector la enorme cantidad de consecuencias negativas que provoca el vano esfuerzo de muchos hombres y mujeres por alcanzar la perfección, de cualquier tipo que se nos ocurra. Las consecuencias serán tanto más devastadoras cuantas mayores sean las expectativas de la persona por lograr ese imposible. Como queda dicho: ¡el ser humano no nació para ser perfecto!, lo que de ninguna manera implica que se renuncie a buscar lo mejor a lo que se puede aspirar.

Antes de que otra cosa nos distraiga, me parece conveniente recordar que las expectativas son para alcanzar un fin particular, dicho esto en el más llano de los sentidos. Si se pierden, mientras más nos aleje esa “pérdida” de nuestro Fin último, el sufrimiento será más profundo. Ya hice alusión a esto cuando, en el Capítulo I, hice ver la jerarquía que existe entre las diversas características del ser humano, aunque claro que en ese contexto no entré en la discusión de los Fines; no importa, es obvio que una afección del cuerpo es ¿más fácil? de superar que una psicológica. En fin, la necesidad de una jerarquía de Fines queda más que manifiesta; y dicha jerarquía de Fines habrá de mostrarse en una sana definición de expectativas. Pero independientemente de lo sana o irreal que

132 sea esa definición, resulta innegable que cualquier pérdida de alguna expectativa, por “tonta” que nos pueda parecer, es causa de sufrimiento. Me parece que uno o dos ejemplos aclararán esto: el niño al que se le cae su dulce, sufre; el hombre jefe de familia que de pronto pierde su trabajo, sufre.

Que el sufrimiento es un “efecto”, dudo que haya alguien que no lo vea de esa manera; que al mismo tiempo existan personas para quienes se convierta en causa de otros problemas no se puede ocultar, pero eso ya no nos toca investigarlo aquí y ahora, pues además de que es algo puramente casuístico nos llevaría “a los simples síntomas”, sin dejarnos ver la verdadera enfermedad. Ahora bien, nadie podrá negar que este efecto se presenta en cada persona muy a la manera en la cual cada persona sea capaz de enfrentar su pérdida, como veremos inmediatamente. Por el momento me parece importante hacer una somera revisión de las causas por las que esto sucede: como primer punto a considerar está el hecho de que la persona se halla traumatizada y, obviamente, no podemos esperar que su actitud y comportamiento sean los mismos que cuando está tranquila; yo lo diría, en mi muy personal lenguaje, así: “sus esquemas están totalmente desquiciados”. Y dependiendo de lo serio o profundo que sea el sufrimiento y la fuerza y entereza de la persona que lo padezca, habrá de ser la respuesta ante la situación; naturalmente, se supone que mientras más “madura” sea una persona le será menos difícil aceptar, antes que nada, su situación y, una vez aceptada, comenzar a trabajar para superarla. Quizá nos cause algunos problemas el concepto “madurez”, y no es para menos ya que hay madures y “madures”. Podemos encontrarnos con personas sumamente “inteligentes”, por ejemplo para cuestiones técnicas, personas con un enorme talento para resolver problemas de algún tipo específico, pero que no son capaces de tener una relación familiar —digamos— estable; o habrá personas con una gran madurez emocional pero que al menor dolorcito hacen gran aspaviento y ponen a todo mundo “con los pelos de punta”, y sería imposible negar la existencia de aquellos que, con dolores o malestares inimaginables, se niegan a consultar al médico... Todo esto lo debemos tener muy en cuenta a la hora de juzgar la reacción de una persona ante el sufrimiento. Como lo dije en el capítulo anterior, el ser humano es Uno, y su Unidad nunca se debe poner en entredicho, aunque se haga énfasis en un aspecto o en otro, en una determinada instancia. Teniendo en cuenta que el sufrimiento es una experiencia humana y que la persona siempre “lleva consigo todo su ser”, no resultará difícil entender que

sus reacciones sean producto de todo el cúmulo de vivencias por las que ha pasado: llega o, como digo, “es llegada” a todo esto con su dolor —o pena— y con su fortaleza, con su incertidumbre y su fe, con su miedo y su entereza, son su soledad y su capacidad para amar, con sus necesidades y su generosidad, con sus aptitudes y recursos y su prudencia...; en fin, llega toda ella y sale toda ella ¿cambiada?, por supuesto, ¿enriquecida y más humana?, ¡ojalá!

Desde luego este efecto, producto de la pérdida de nuestro anhelo, se traduce en un “estado” que sume a la persona en las más diversas condiciones. Es en esta instancia en la que debo entrar en un tópico en extremo delicado: las relaciones entre el sufrimiento y la conciencia. Naturalmente la que está aquí, en la palestra, es la conciencia psicológica; de la conciencia moral y su relación con el sufrimiento me ocuparé en el capítulo referente a la Ética. Para empezar la exposición de mis opiniones (¿para qué repetirlo?, producto de las reflexiones más profundas en las cuales mi inteligencia se puede adentrar), una cita se impone: “Todo hombre necesita, por naturaleza, saber...”, dice el Estagirita, y si en los tiempos tranquilos su esencia obliga al hombre a explicarse lo que le rodea, es más que lógico suponer que en los momentos difíciles esa más que “obligación” sea todo lo que haya en su ser. Ante lo que no podemos controlar y nos rebasa, respecto de que no tengamos la capacidad para salir de la situación, se podría decir que nos exigimos “entender” lo que pasa. Es como si nos sintiéramos redimidos por el mero hecho de que nuestra inteligencia encontrara una explicación.

No es ésa la única actividad de la conciencia ante el sufrimiento aunque, sin lugar a dudas, es la primera en tiempo y urgencia. Como queda dicho, nos es imprescindible entender, pero también necesitamos comprender; ahora permítaseme establecer la distinción, como la percibo, entre “entender” y “comprender”. La primera es una “función” meramente intelectual por la cual nuestra inteligencia logra establecer una supuesta verdad, y aquí debo hacer una llamada de atención al amable lector para que dirija su mirada a la palabra “supuesta”. Y es importante estar atentos ya que la inteligencia ante la realidad sólo es capaz de dar su individual “interpretación”, y ésta, “de vez en cuando”, no es la adecuación a ninguna realidad y sí a alguna creencia, en ocasiones un tanto torcida y alejada, por lo mismo, de la verdad. Pero, en fin, esa inteligencia posee ya una “verdad” y con ello se tranquiliza. Comprender no es ya la sola recepción del hecho y su posterior interpretación. En el acto de comprender, la persona toda busca de manera activa un sentido. Naturalmente de esto hablaré en el Capítulo V.

Pero no se piense que solamente aquellos seres con una conciencia que les permita hacer explícitas sus expectativas pueden sufrir. Y muchos lectores se preguntarán, con sobrada razón, si tal afirmación es el mero producto de la necesidad de “hacer bulto para cubrir los requisitos de longitud que debe tener una tesis”.⁹ No es ésta mi intención, es más, creo estar en posibilidades de hacer ver al lector que tal afirmación es válida. Por supuesto, es absolutamente verdadero el hecho de que el sufrimiento es una vivencia exclusivamente humana y que cuando decimos que los animales, por ejemplo, sufren, lo único que estamos haciendo es “transferir” o “proyectar” (como dicen los psicólogos) nuestro estado de incomodidad y/o repulsión ante lo que estamos presenciando. Los animales sienten dolor, es innegable, pero una cosa es el dolor, que es una “mera reacción” fisiológica a un estímulo, y otra, del todo diferente, es perder las expectativas. Aunque como ya vimos, todo ente posee las expectativas que su naturaleza le impone. Sin embargo, sería “jugar faltando a las reglas de la lógica” decir una cosa que está en aparente contradicción, o por lo menos contrariedad, con lo asentado en varios lugares de este trabajo: de un lado afirmo que el sufrimiento es exclusivamente humano, pero del otro digo que no se requiere de la autoconciencia para sufrir.

¡Contradicción manifiesta! Sólo el ser humano posee tal característica, y la conclusión rápida es que todo ente que carezca (según nosotros) de la capacidad de reconocerse a sí mismo como único y con cualidades, cantidades y defectos distintos de los demás seres, que lo hacen irrepetible, es imposible que llegue a percibir el sufrimiento dado que donde no hay conciencia tampoco puede haber expectativas. Ésta sería la conclusión rápida, sólo que, como todo aquello que se hace apresuradamente está, con toda posibilidad, equivocado.

En este punto debe aparecer la explicación. Hemos de tener muy claramente y a la mano el tópico exacto que se está discutiendo: la relación¹⁰

9 Además, ofrezco una disculpa y doy una explicación del porqué de este exabrupto. (Espero que sea causa de una revisión).

10 Por favor, véase esta nota como la expresión honesta y razonada de la enorme preocupación que a todos aquellos de mis compañeros que han pasado por el requisito de realizar un trabajo como éste, con la intención de presentarlo como tesis, nos produce la regla por la cual el único criterio para distinguirla de una Tesina, y todos los trámites que cada una conlleva, es simplemente la cantidad de páginas. Fue una decisión tomada por el Consejo Técnico del Departamento, a la cual me opuse en mi calidad de Consejero. Pero se impusieron la facilidad y la tradición.

entre la autoconciencia y el sufrimiento. Puntualicemos, las cosas son entes acabados, es así que no tienen posibilidades de ser más de aquello para lo que fueron creadas: una mesa nunca podrá ser más —ni menos— que un mueble con una superficie horizontal útil, de la misma manera que un chimpancé al que se le ha enseñado a pedir comida no pasará de ser un chimpancé o gorila u orangután a los que se ha “condicionado” para que pida su comida, o un juguete o algo más sofisticado —lo que sea, desde un juego específico hasta una prometida recompensa— y que aun cuando a veces parezca sorprender a los experimentadores porque ha inventado nuevas combinaciones de maneras de petición, nunca será más que un animalito de laboratorio al que los experimentadores “le han tomado cariño”. Y como el niño, que para sus padres es el más hermoso o más gracioso o más inteligente del género humano, el animalito ha llegado a traspasar los límites del experimento. Pero no se les pregunte a los científicos si en alguna ocasión el animal ha preguntado o protestado porque se experimenta con él; en cambio, el niño —aun uno muy pequeño—, ¡vaya que si pregunta y protesta! Para concluir: lo que quiero dejar muy en claro es que el ser de las cosas y de los animalitos o animalotes, que es ser cosas, no puede mejorarse o enriquecerse pues **ya está en el ente todo lo que puede y tiene que estar en él.**

Claro está que una enorme cantidad de científicos de las ciencias naturales y de las ciencias sociales y personas relacionadas con animales rebatirán esto con una ferocidad que lo único que nos deja ver es su gran afecto por los bichos esos: no se cansarán de comentar anécdota tras anécdota, creyendo que las meras anécdotas son un argumento válido y suficiente para respaldar su posición.

El punto que quiero dejar establecido es que, si bien es imposible que las cosas sufran, pues además de carecer de la facultad con la cual es percibida la causa del sufrimiento, es el Hombre quien les atribuye a las cosas y a los animales sufrir; de otro modo sí nos veríamos frente a una contradicción: se percibe algo que es imposible percibir.

Lo más lógico es suponer que siendo ya todo aquello que pueden y deben ser, resulta imposible poner en cosas y animales una capacidad exclusiva del Hombre: tener expectativas. Alguien inteligente e instruido en la Filosofía Aristotélico-Tomista (y por ello) Humanista Occidental, tiene que haberse percatado de que todo aquello que “está allí” no puede más nada que siempre “estar allí”, sin absolutamente ninguna posibilidad de salir de ese modo de ejercer

136 el ser. En oposición al “existir” del Hombre, que es “mitad” cosa que está allí y “mitad” espíritu que tiende siempre a romper el confinamiento en el que lo aprisiona su ser cosa para salir del mero “estar allí” y cumplir su cometido de continua búsqueda para alcanzar el ser con el que pueda lograr el anhelo bíblico de haber sido hecho “a imagen y semejanza de Dios”.

Sin embargo, si bien esta atribución hecha por el Hombre es totalmente subjetiva y hasta arbitraria, está —podríamos decir que— fundamentada en las proposiciones spinozianas y los principios corethianos citados en el Capítulo I de este trabajo. Ya lo dije —y espero que haya quedado claramente explicado—, que las cosas y los animales son entes acabados, en cuyo ser está ya su fin y como es un “fin natural” es muy remota la posibilidad de que el ente no lo alcance; pero cuando esto sucede (que el ente no se encuentre en posibilidad de llegar al Fin al que su Naturaleza lo dirige) es entonces cuando el Hombre, para quien no hay un “fin natural” sino que él lo escoge —de ahí las expectativas—, atribuye el sufrimiento al ente que supone en “peligro” de no llegar a su fin. Con un sencillo ejemplo es fácil ver que lo único que le acaece al hombre que presencia algo así, no es nada más que la representación de su preocupación o miedo de verse él mismo en la situación de no ser capaz, no ya de alcanzar su Fin, sino del “mero” hecho de no tener el control de sus expectativas. No hay que buscar lejos el ejemplo: cualquier animal en cautiverio o “abandono”, “sufre” según el común de la gente, y mientras más hacinado esté o más descuidado se vea, “sufre” más. Con las cosas es un poco más difícil encontrar ejemplo en los cuales la gente use alguna expresión que aluda específicamente al sufrimiento, pero las hay; tal vez un poco en broma, nunca falta el ingenuo que exclama: ¡pero cómo sufre!, cuando algún aparato o máquina se descompone. Yo mismo escribí, claro que totalmente en broma, que yo sufría por un aparato que se descompuso y sufría pues nos iba “a poder cumplir sus expectativas”. Por supuesto no hay en el aparato ni la más remota posibilidad de expectativas; las hay en los diseñadores, fabricantes, distribuidores y usuarios, pero nunca en el aparato o en la cosa.

Sin embargo, si nos atenemos estrictamente a la definición, tenemos que asentir que cualquier ente que no esté en posibilidades de alcanzar su Finalidad, sea animal, vegetal, mineral o de algún otro dominio del Universo o del Mundo, “sufre”; quizá únicamente en la Mente del Creador, pero “sufre”.

Algo que parece camppear en toda esta argumentación es un materialismo que traigo arrastrando desde la mismísima definición, por lo menos

eso me fue comentado por alguien con quien he venido platicando... Mi contestación a esta acusación fue hacer ver a la persona en cuestión que no hay tal materialismo y que lo “único” que sucede es, simplemente, que mi definición es universal.

b. La pérdida

Ahora bien, es del todo necesario continuar la explicación de la definición del sufrimiento, ya que parece demasiado tajante: alguien podría argüir que una persona en la coyuntura presentada por la definición, no podría jamás “redimirse” y salir de la situación. No, solamente basta con “jugar” un poco con el concepto “pérdida”. A poco de reflexionar sobre ello, caeremos en la cuenta de que no es tan drástico como la mayoría de la gente piensa. La cosa es bastante sencilla: cuando la gente piensa en “algo perdido”, supone *ipso facto* que le es imposible recuperarlo; suena lógico. Suena lógico cuando hablamos de objetos materiales que hemos perdido, ya sea porque no recordamos su ubicación o por haber “sufrido” el objeto en cuestión un daño irreparable; o debido a que ya no nos es útil o simplemente porque fue destruido. Pero al hablar de ideas o anhelos u otras cosillas que habitan en nuestro espíritu, nos estamos refiriendo a nosotros mismos y, si al hablar de nosotros nos decimos “perdidos”, la cosa es mucho más seria. Nos podemos sentir perdidos por haber olvidado algunas ideas, podemos perder la esperanza y no encontrar expectativas porque las circunstancias nos hacen difícil ver el panorama; pero es posible recordar las ideas olvidadas del mismo modo que se puede recuperar la esperanza teniendo un poco de confianza y, finalmente, es posible iluminar el panorama de la existencia haciendo el esfuerzo de darle sentido a eso que, en apariencia, no lo tiene. Siempre nos será posible “sacar” del espíritu aquello que suponíamos ido, es más, muchas veces en la recuperación de lo faltante descubriremos un algo que pudiendo haber estado ya allí, ahora aparecerá con matices que le den una dimensión de mayor riqueza o profundidad.

c. Causas del sufrimiento

Entre las causas próximas del sufrimiento se pueden citar tantas como la fertilidad de nuestra imaginación sea capaz de producir, y las habrá de tal variedad y “colorido” que nos parezca inverosímil, pues no podremos descartar ninguna sin al menos una revisión, aunque sea a ojo de pájaro, ya que todas tendrán al menos un poco de verdad. Es decir, por muy simple e

138 ingenua o hasta ridícula que se nos presente alguna de ellas, debemos estar conscientes de que quien la dijo tuvo una razón para nombrarla, de otro modo no la habría mencionado. Veamos un ejemplo y lo entenderemos: creo que muy pocos de nosotros estaremos en desacuerdo al oír a alguien platicarnos que cuando no tiene un cierto tipo de alimento a su disposición (alimento que consideraríamos normalmente una golosina), literalmente “sufre”, y tal vez nos sintamos hasta ofendidos, más aun, cuando pensamos en los millones y millones de personas que mueren de hambre... Nos preguntamos por la salud mental de esa persona: indignados, le reclamamos cómo es posible que diga tal clase de aberración. Pero cuando, con toda sencillez y sinceridad, nos informa que padece de un desorden metabólico y por órdenes médicas debe ingerir tal o cual compuesto alimenticio y que la manera más fácil de conseguirlo es por medio de esa golosina, nos tragamos todo nuestro enojo y con una pequeña dosis de solidaridad humana entendemos su sufrimiento. Porque, no lo dudemos, esa persona sufre; aunque para nosotros resulte difícil entender por qué cada vez que se sienta mal, no va a un hospital para obtener la “medicina”. Y así podríamos pasarnos muchos días enfrascados en una discusión interior sobre los pros y los contras. Un hecho, empero, es irrefutable, la persona necesita el compuesto y aunque a nosotros pueda no gustarnos el hecho de que lo consiga como lo hace, no obstante, debe hacerlo o las consecuencias podrían llegar a ser, quizá, muy serias. Cualquier intento más allá de este punto, como pudiera ser el querer —intentar— clasificar las dichas consecuencias, especular sobre el porqué de la manera de conseguir el compuesto necesitado o todas las elaboraciones y lucubraciones acerca del tema, están del todo fuera del ámbito del trabajo filosófico y, por ende, fuera de los límites naturales de este esfuerzo. Son competencia de las ramas de la ciencia que se encargan específicamente del estudio y solución concretos de los problemas como el planteado y todos los que confrontan al hombre en el diario vivir. En conclusión, aquí sería ocioso meternos con ellas.

d. El dolor

Lo primero que se nos viene a la mente cuando oímos hablar de sufrimiento es el dolor, y generalmente sólo pensamos en términos de dolor físico, corporal vale decir. Me parece, empero, que es necesario precisar con todo énfasis que el dolor sólo es físico, corporal, como ya lo dije. La gente llama también

dolor a la pena, la depresión, la angustia y a casi toda afección que le quite a la persona su “normalidad”; está claro que alguien en esa situación sufre, pero igualmente claro es que no tiene dolor físico, a no ser que “somatice” su problema emocional, es decir, lo haga psicósomático. Ahora bien, no está de más decir que esto —el que las personas conviertan sus problemas psicológicos en afecciones psicósomáticas— es mucho más común de lo que nos gustaría admitir. Sin embargo, y viendo el hecho desde otro punto de vista, tenemos que concluir que la unidad del ser humano es indivisible en sus aspectos y características. ¡El espíritu no duele, pero está compartiendo, departiendo y participando “con” un cuerpo susceptible de dolor!

Lo grave del dolor es que, en ciertas condiciones de agudeza y/o extensión, paraliza, haciendo imposible el actuar de quien es poseído por él. Quizá lo peor del dolor es que paraliza debido a que, siendo una función biológica primaria, tal vez de las más rudimentarias o elementales —si se quiere—, “bloquea” las posibles respuestas desde lo más recóndito de quien lo padece. Se requiere de mucho esfuerzo para ser capaz de superarlo y lo serio es que por mucho empeño que se ponga para “olvidarse” de que está allí, allí seguirá; no importa qué se haga, siempre se tendrá algún recordatorio de que allí está. Muchas personas se deshacen de él mediante un analgésico, otras —cuando ya se cansan— van al médico, el cual, supuestamente, buscará la causa del dolor para eliminarla, acabando de esa manera con él. Pero hay dolores que nadie consigue eliminar, cuando más, se logra atenuar en alguna medida la intensidad de ellos; tampoco dejan a la persona olvidarse de que hay algo que no está funcionando como debe hacerlo y ésta cambia el dolor por alguna otra molestia (lo sé, pues lo conozco de primera mano). En esas situaciones acaece algo inusual: la persona aprende a “convivir” con su dolor. Pero desde luego, no hay que ser muy “listos” para darnos cuenta de que dicha convivencia es muy a menudo algo más que difícil, es casi imposible.

Resulta claro que si el dolor físico puede llegar a crear una situación en la que la persona que lo padece, sufre, no se puede seriamente considerar que él solo provoque la pérdida de la esperanza de alguien que tenga un algo de sentido común. Esto presenta muchos bemoles y debemos irnos con extremo cuidado. Me parece que con un ejemplo podré aclarar más fácilmente la idea antes expuesta: a una persona que se somete a un tratamiento médico, todo lo doloroso o molesto o incómodo que sea, se le hace soportable —de buena o mala gana— porque ve en él una manera de recuperar la normalidad de su

140 vida, en ese tratamiento está retomar sus expectativas originales, aquéllas que había perdido por el padecimiento por el que fue a ver al médico.

Algo que parece habérsenos olvidado es que, como seres humanos, es absolutamente inevitable que por lo menos de vez en cuando padezcamos algún episodio de un tipo de dolor o sufrimiento. No es algo que podemos olvidar, o como diría un gran filósofo, algo de lo que intelectualmente se pueda hacer “epoché” para que se esfume de nuestra existencia, para no volver jamás. ¡No se puede evitar el dolor ni el sufrimiento!, si se es humano. Pero sucede que en esta época de la tecnología, todo lo queremos para este preciso momento y también nos empeñamos en salir del episodio indeseable en el que nos encontramos en el mismísimo instante en el que se presenta. Parecería que, en efecto, creímos que es verdad aquello de la “máquina cartesiana” y lejos de ser lo escasamente sabios como para tenernos paciencia y tolerar un dolor soportable, ahora resulta que en cuanto prevemos los síntomas de un ligero dolor o cualquier otra pequeña molestia, es cuando inmediatamente tomamos todas las providencias a nuestro alcance —y aun fuera de él— para evitarnos la molestia odiosa e incómoda. Y en ese “parecería...”, hasta parece que los humanos —de “un cierto ‘rango’ y posibilidades”—, ya perdimos la capacidad para ponernos en contacto con algo que llevamos tan dentro como el dolor y el sufrimiento. Es bueno —supongo— aclarar que no es preciso para ser humanos andar siempre transidos de dolor y ahogándonos en nuestras penas, ¡por supuesto que no! ¡Ser humano, NO es equivalente —de ninguna manera— a ser masoquista! Pero sí va implícito que al “descomponérsenos algo” se nos altere todo o parte del “ser” y, por ello, trabajemos mal, porque hay algo que diversifica nuestro ser: si algo nos “funciona” mal, estaremos mal.

Pero ¡el hombre no funciona, el hombre trabaja!

Es bien sabido que en muchas instancias el dolor se convierte, de hecho, en una verdadera prisión para el que lo padece, pues impide todo actuar, moverse llega incluso a causar —a quien lo soporta— que le sea casi imposible pensar; mucho menos será capaz de mantener un diálogo con nadie; ¡qué peor prisión que estar sumido en el interior de nosotros, sabiendo que no podremos nunca salir porque ya estamos afuera! Pero creo que aquí sería importantísima una aclaración: naturalmente no es en absoluto saludable padecer dolores o penas, nos hacen sufrir dado que nos quitan fuerzas que deberíamos estar empleando en alcanzar nuestras expectativas, y es muy

fácil que esto suceda. Basta con que el dolor o la pena sean de la intensidad, duración y/o profundidad tales que logren desquiciar nuestras escalas de valores y principios al punto en el que ya no podamos seguir guiándonos por ellos, y nos veamos obligados a que lo importante se nos escape y se convierta en urgente; y sea la situación la que decida por nosotros, privándonos así sea del control de nuestras vidas, que es equivalente a decir que no tenemos el control de nosotros mismos. Sin embargo, y ésta es la aclaración, no podemos negar que hay dolores que nos producen un cierto placer, por ejemplo, los dolores físicos, que pueden llegar a ser muy intensos, que son el fruto de la realización de algún ejercicio o deporte, aun cuando sea a consecuencia de un accidental “encuentro” con un rival. Ahora bien, si hemos de ser capaces de atribuir placer a ese dolor, tenemos que estar totalmente ciertos de que no acarreará una lesión que a corto o largo plazo nos provoque la disminución o incluso la pérdida de nuestras expectativas, deportivas o vitales; esto, por cuanto el dolor, que como ya dije es algo del todo físico. Pero ya que el ser humano es un cuerpo por aquí y otras “cosas” en algún otro lado, es decir, dada la unidad del ser humano, **lo que afecta algo, lo perturba todo.**

Tengo que agregar una última nota para dar por terminado mi comentario: uno de los efectos más perniciosos del dolor es el terrible cansancio que provoca. Cansancio que puede llegar a dejar a la persona postrada ante ella misma y sin fuerza ni ánimo para continuar trabajando, para seguir creciendo como ser humano. En su agotamiento no hay cabida para ningún esfuerzo que no sea sino para mantenerse con vida, y aun ésta es su más elemental manifestación: la mera supervivencia biológica resulta, muy a menudo, demasiado difícil como para poder justificarse; ya no hay ningún motivo para perseguirla. Y si esto se da en el nivel más pobre de la existencia, deja de serlo para convertirse en una verdadera lucha que causa más cansancio y el círculo vicioso se va cerrando en sí mismo hasta que desaparece y no queda ya persona, ni vida, ni deseos, ni misión, ni nada sino el vacío del que nada se puede obtener.

e. La pena

¿Pero qué pasa con la pena? Creo que aquí no nos queda otro recurso que buscar la causa de la misma y a partir de ella (la causa) empezar a trabajar para recuperar aquello que entonces pudo habérsenos escapado. Sin embargo, creo que resulta evidente que es mucho muy difícil —por no decir

142 imposible— el que alguien se capaz de sentir algún tipo de placer cuando se encuentra viviendo una pena, suponiendo, claro, que no haya por ahí escondida alguna patología psicológica. Pienso esto, pues la pena tiene su “asiento” en el mismo “lugar” en el que cimentamos nuestras expectativas: la inteligencia o, por lo menos, el espíritu. Más aun, es en el mismo espíritu donde percibimos el placer y es claro que si aquél se encuentra cegado porque ya algo lo tiene invadido, resulta sumamente difícil que cambie un contenido por el otro. Y es que no se requiere de una gran perspicacia para descubrir que las penas —por muy insulsas que puedan parecer a los demás— obnubilan todas nuestras percepciones, distorsionándolas o hasta encubriéndolas del todo. Se podría decir, como metáfora, que su ataque resulta más devastador. Desde luego, no es que el espíritu y la inteligencia en particular, hayan dejado de buscar opciones, esto es prácticamente imposible —según lo veo—, pero sí es muy posible, y hasta probable en situaciones muy difíciles, en las que una pena “se enquist” en el alma. Después de un largo periodo de cansancio limita seriamente cualquier posibilidad de esfuerzo en pro del necesario cambio de contenidos: la pena, por la capacidad para hacernos responsables de nuestros placeres, para empezar. Y de esa manera poder restablecer la búsqueda personal que es el mejor indicio de que la persona aquejada está recobrando la salud de su espíritu.

Si bien resulta innegable que un dolor o una pena pueden llegar a dejar a una persona reducida a la parálisis total, no es difícil darnos cuenta de que, en la actualidad, ya no es un problema insuperable controlar tanto la pena como el dolor. Para no tener que estar soportando los tormentos de un dolor aniquilante, por fortuna contamos con toda una serie de medicamentos analgésicos y hasta anestésicos con los que se logra que el dolor desaparezca y la persona sea capaz de continuar en el desempeño de sus actividades de la misma manera que si no hubiera ningún dolor. Y en el caso de dolores ya incapacitantes, queda el recurso de los anestésicos que, con todos los bemoles que se nos puedan ocurrir, mantienen a la persona libre del dolor y sin un sufrir que ya no puede superar ni controlar, pues ya la hizo perderse a sí misma.

Con las penas sucede algo similar, pero más sutil. Sí, también poseemos fármacos muy poderosos y efectivos para el tratamiento y “curación” de una pena, es decir, lograr que las molestias en la persona afectada no la incapaciten impidiéndole proseguir con su trabajo y su búsqueda cotidianos. Todos estaremos de acuerdo en que el mayor avance logrado en estos tiempos en lo

que se refiere a la ayuda a estas personas aquejadas por penas que las pueden hasta poner en peligro se ha dado en la Psicología y las “técnicas” terapéuticas basadas en la “simple” plática dirigida; como lo sabe cualquier que haya tenido alguna clase de terapia con estas personas. Su “táctica” de trabajo consiste en establecer un contacto estrecho —pero muy cuidadoso— entre ambas partes, desde el cual poder hacer las preguntas idóneas para que la persona afligida vaya descubriendo la causa de su estado y corrija ella misma la situación que le está provocando ese malestar. También el terapeuta tiene a su disposición otros medios para alcanzar el fin de ambos: la comprensión del problema como causa de la pena de la persona, de manera que ya pueda ella continuar por sí misma su búsqueda para seguir creciendo en su humanidad.

Esto es muy evidente en los jóvenes —o no tan jóvenes pero inmaduros— cuando pasan por un conflicto o una pelea o rompimiento afectivo con esa persona especial o alguien de quien se esperaba algo que no fue obtenido, por el motivo que sea. La persona en esa situación sufre verdaderamente. Y quizá lo peor es que su sufrimiento lo vive en soledad puesto que, en definitiva, ya no es posible contar con la persona de la que se esperaba eso especial. Se está tan confundido(a) y/o lastimado(a) que la mayoría de los jovencitos en tal situación sencillamente no puede platicarlo sino con sus amigos, los que por su falta de experiencia no poseen la sabiduría y, digámoslo con el término técnico: “eliquía”, como para saber qué hacer en tal circunstancia para poder ayudar a su amigo(a): como plantearle las preguntas adecuadas para que el(la) jovencito(a) pueda empezar a hablar para sacar de sí lo que le está impidiendo continuar su crecimiento humano y lo tiene paralizado. Los amigos(as) con quienes platican no saben cómo actuar o qué hacer y el único modo de poder ayudar es sentándose a llorar las desgracias de su amigo(a) necesitado(a), en esos momentos de apoyo y consejos que, lamentablemente, no sirven de mucho y en la mayoría de los casos sólo complican más las cosas pues no tienen otro origen que lo vivido por algún conocido o, peor aun, lo visto en la televisión. Y como es lógico pensar, nada de lo que le es dicho a esta persona tiene nexos con su experiencia, por lo que le es absolutamente extraño e ininteligible, lo que produce el efecto de aislarla más hasta sumirla en la mayor desesperanza, haciéndole sentir que su problema no tiene ninguna posibilidad de solución. Las expectativas son truncadas de raíz y, por ello, el sufrimiento es no solamente total sino, además, muy estremecedor. La persona con este tipo de penas parece no ser capaz, por sí misma, de empezar

144 a buscar —una, al menos— la solución al problema. Si tenemos en cuenta que el susodicho problema tuvo sus inicios en dos personas, se comprenderá que entonces para uno(a), la solución no sea en absoluto sencilla y, a veces, resulte casi imposible. Las soluciones a los problemas deben partir de los inicios y comenzar por sus orígenes. Siendo dos los que le dieron origen al problema, dos son quienes han de tratar de solventarlo.

f. La incomodidad

Es necesaria una reflexión más. Aunado a lo poco que he dicho sobre el dolor y la pena, necesitamos hablar aunque sea muy someramente acerca de las que yo llamo “molestias de baja intensidad”, que no son otra cosa que esas horribles incomodidades que, sin llegar a ser algo de cuidado, no duelen y no impiden a la persona que las padece desempeñar sus labores; para los médicos no vale la pena ponerles atención pues no constituyen peligro alguno para la salud del paciente, pero el pobre nomás no logra encontrar un momento de tranquilidad. Y es que la incomodidad no desaparece, es más, mientras más ahínco se quiera poner en no hacerle caso la cosa es peor, pues toda la atención acaba centrada en ella y se cae en el círculo vicioso: molestia – atención – cansancio – desgaste – molestia, etcétera, del que no es nada fácil salir. Toda persona que se haya visto con un espantajo de estos sabe lo desesperadamente pertinentes que resultan. Pero la verdad es que, aun cuando la persona los soporte en un estoico silencio a corto, mediano o largo plazos, va a acabar agotada. Nada más imaginémonos a un Pío XII, quien por doce años padeció de hipo; seguro que en algún momento pasó por su mente dejar de respirar ¡para siempre!, para poder descansar. Sí, efectivamente, puede ser que no constituyan ninguna amenaza para la salud de la persona, pero sus efectos pueden llegar a ser verdaderamente “tétricos” en el fuero interno de la persona, llegando a alterar por completo su disposición y hasta su actitud ante la vida. En realidad se requiere de una gran fortaleza, y aun más presencia de ánimo, para lograr mantenerse bajo control y no permitir que los espantajos ganen lugar.

Un hipo, una comezón por enfermedad de la piel, cualquier problema físico no aceptado por la persona, la obesidad, manchas en la piel o “simplemente” algo de su cuerpo con lo que no esté tranquila; alergias; la halitosis; un problema de audición o en el habla; el insomnio o la somnolencia debida a los viajes; un problema hormonal o metabólico; toda restricción en la dieta;

incontinencias cualesquiera —por otros tantos motivos—; cualquier clase de limitación que no esté en el catálogo de las impuestas por la naturaleza humana; de las fobias: todas. En fin, la enumeración se podría extender tanto como conozcamos al ser humano y sus entornos interiores y exteriores.

No le veo sentido a tal extensión, lo que me parece más conveniente es exponer la duda por la cual escribí este párrafo anterior: ¿qué será peor, causando más sufrimiento: estas molestias de baja intensidad o la prisión que significa un atroz dolor pero cuyos efectos son, en ambos casos, por lo menos, agotadores? Por otro lado, ¿no padecer ningún síntoma y, sin embargo, saber con certeza que se “es portador” de una enfermedad que, tarde o temprano, acabará consumiendo a la persona? En realidad, no sé qué produzca mayor desgaste: vivir con algo que pueda llegar a paralizarnos o vivir con el miedo de la total incertidumbre, con la única excepción del futuro aniquilamiento... Y frente a este panorama ya de por sí espeluznante, hay todavía otra posibilidad que no dudo en calificar como “terrorífica”, pues ante ella la persona queda completamente sola y sin nada más a qué asirse que sus convicciones y el apoyo y afecto que quienes la rodean sean capaces y/o estén dispuestos a darle. La terrorífica posibilidad es que su médico de confianza le diga que no hay nada que hacer para aliviar su situación y le asegure, además, que va a ir de mal en peor.

En instancias como la anterior es que esa idea de “misión”, que aparejan las expectativas de la persona, se pierde de repente —y eso sí que es peligroso—, pues junto con dicha idea se pierde toda noción de Trascendencia y de sentido de la vida. Así, la persona ya no tiene nada de lo más importante a lo que pueda asirse y es muy fácil que se pierda... y —¡ojalá! — se perdiera únicamente en los laberintos de la depresión, de donde se puede todavía rescatarla; del “otro laberinto”, ¡ya no! Pues sólo es uno y resulta ser el último y del que ya no hay retorno.

En momentos como éstos es absolutamente imprescindible que tengamos la seguridad de que la persona sepa que, lejos de estar todo perdido, si hace un pequeño —o grande— esfuerzo siempre podrá salir del embrollo que en ese momento más la incómoda, pues siempre es posible darle sentido a cualquier situación en la que nos vemos, por difícil y compleja que parezca.

a. Falta de expectativas y esperanzas

Me parece importante hablar de las diferentes situaciones que provocan diversas emociones, como la de la falta de expectativas y de esperanza.

Quien nunca se ha visto con la necesidad de rehacer su esperanza, de abrigarse de nuevo a la posibilidad, nunca ha tenido que ponerse —seriamente— a indagar el origen de su pérdida; mas aun, no ha vivido la incertidumbre de confrontarse para ver si realmente alguna vez estuvo encerrado en la imposibilidad. Pero si descubre que en verdad carece de momento, de expectativas, lo que le queda por hacer es todo el trabajo de buscarlas, rehaciéndose para así recuperar su vida. Como lo veo, un modo de lograr tan evasivo fin es teniendo muy claramente distinguido el origen de la pérdida. Desde luego, no es lo mismo estar prisionero por una mera eventualidad, como pudiera ser una padecimiento pasajero —digamos una enfermedad curable— que ser reo a condena perpetua. Ahora continúo con mi explicación de esta metáfora.

Recordemos que estoy suponiendo que en la persona aludida existe la suficiente perspicacia y creatividad como para que esté capacitada para producir sus expectativas. Ahora bien, en esta hipótesis hay un problema, y lo que sigue aquí es un análisis, aunque somero, de dicho problema: puede ser que la persona que sufre alcance a ver una solución total y, en ese caso, no es necesario un cambio profundo de actitud, excepto la de ponerse a encontrar la causa del problema para poder resolverlo y así recuperar la esperanza. Esto, como se ve, es lo que hacemos siempre. Otro asunto muy diferente se nos ofrece cuando el problema que nos aqueja no tiene una solución, no digamos total —ojalá hubiera una—, aun parcial. Ejemplo de este tipo de problemas son las condiciones vitales congénitas para las que no hay cura ni alivio alguno y deben ser asumidas “como una manera personal de ejercer la existencia”. En este caso, lo único razonable que se puede hacer es tratar de buscar la mejor forma de sobrellevar la situación y, con el mayor buen humor del que se pueda disponer, hacerle frente viviendo la vida como ésta se presente; tratando en todo momento y circunstancia de esforzarse al máximo para no dejar de crecer como seres humanos. Y cuando sea posible —y siempre lo es— aportar a los demás algo bueno y que pueda ser de utilidad para quien sepa sacarle provecho.

Ya se ve que saber ¡y poder! distinguir con claridad entre ambos tipos de problemas dista mucho de ser cosa fácil. ¡De ningún modo lo es! Más difícil aun es asumirlos como uno u otro. Y, sin embargo, es crucial para una persona lograr la distinción, puesto que su vida está en ello, ya que su actitud frente a ella variará radicalmente. De tener solución su problema, tal vez hasta pueda hacer una pausa en el camino y ponerse a disfrutar su historia, analizándola para sacar las cosas buenas que tenga y aprender de lo malo para no repetirlo o no volver a ponerse en una situación parecida a la que dio origen al problema por el cual en ese instante pasa. Otra cosa es saber que su condición no tiene ya remedio. Después del necesario receso para aceptar la condición, que puede o no ser nueva, a nuestro amigo no le queda otra que empezar a buscar en qué y cómo aplicar lo que tenga —las habilidades, aptitudes, conocimientos o talentos...— que le hayan quedado o que siempre tuvo para dedicarse a trabajar el tiempo que le permita su estado y, si se puede más, ¡pues mejor!

Es importantísimo hacer la distinción, puesto que muchas veces de ello dependerán las acciones a tomar. Habrá que tomarse un lapso de tiempo para evaluar la situación y después de algunos ajustes a las actitudes de vida en las que se había fundamentado toda la cosmovisión de la persona, será necesario realizar los cambios que le permitan ser capaz de continuar a todo tren en la búsqueda de su humanidad, que no es sino ésa misma detrás de la cual andamos todos, hombres y mujeres. Empero, hay ocasiones en las que la actitud ya está allí dado que la manera de ejercer la existencia ha sido siempre la misma, por lo que la persona ya posee en su cosmovisión la idea de que tanto el mundo como la vida —léase: existencia— son así; y ya que por experiencia sabe que ellos no van a cambiar, pues no tienen por qué hacerlo ya que sólo son regidos por los Principios que son los que la rigen a ella —la actitud ya está allí—, la actitud es siempre adaptarse como lo requiera la situación. No debemos nunca confundir “adaptarse” con “conformarse”.

b. Adaptación o conformismo

Es imprescindible una aclaración para dejar las cosas totalmente precisas. La diferencia entre “adaptarse” y “conformarse” se presenta como sencilla, pero es mejor que no quede ninguna duda: mientras “adaptarse”, en este contexto, implica necesariamente una actividad, la búsqueda de las actitudes y cuidados con los que la persona debe actuar para continuar viviendo y

148 manteniéndose en el camino, también dentro de esta actividad se requiere aprender cómo, cuándo y hasta qué punto es necesario un “receso”, disminuyendo los quehaceres diarios para permitirle al cuerpo —y/o al espíritu— volver a su estado “normal” (no olvidemos que ese modo especial de ejercer la existencia, la persona lo ha aceptado como “norma” de su vida, imponiéndola en todo aquello que se lleva a cabo). Debido a su carácter de “actividad”, la adaptación exige siempre algo útil que ha de ocuparse la persona, “basta” con que intente recuperar su norma; desde luego, al tenerla —tras la pausa obligada— debe volver a imponerla en su vivir. De lo contrario empezará, ahora sí en serio y peligrosamente, a perder expectativas porque se estará cerrando a las posibilidades y con ello sus esperanzas irán abandonándola. En el otro extremo, “conformarse” es algo del todo pasivo: aunque la persona actúe, sus actos la vivirán a ella pues no los efectuará con la actitud de búsqueda necesaria para procurarse las posibilidades que le darían la esperanza requerida para fraguarse nuevas expectativas.

Esto último no puede tomarse a la ligera, así como así; a alguien le podrá parecer que la persona sólo es una floja y no está cumpliendo su deber. ¡Cuidado! No, la persona muchas veces se encuentra abrumada por el dolor o la pena o está ya tan cansada que no le es posible mantener la actitud de vida necesaria para ser ella quien viva su vida y no le suceda al revés: que su vida la vaya viviendo a ella. En casos como éste no se puede sólo hablar de flojera, aquí el problema es mucho más profundo; en estas personas se trata de un problema de energía, simplemente carecen de la suficiente para ponerse en movimiento, el movimiento que exige la búsqueda.

Más adelante veremos, desde otro punto de vista, la enorme importancia de la afirmación acerca de “la manera personal de ejercer la existencia”. Donde se comprenderá con mayor profundidad y detalle su gran alcance, así como lo que mueve a la persona que se ve atada a circunstancias vitales que no le es posible cambiar y que escapan a su control.

10. LA SALUD

Es posible definir la salud, como todo, desde muchos puntos de vista. Las habrá válidas o equivocadas, profundas o superficiales, aceptables o que no vengán al caso, y así tendremos numerosas definiciones: médicas, psicológicas, socialistas, pragmatistas, hedonistas, estoicas, idealistas, mate-

rialistas, antropologistas, etcétera. En cualquier caso, es importante hacer una reflexión sobre el particular en este trabajo para atisbar alguna luz. Veamos pues:

En una sociedad como la nuestra, en la que lo único que interesa son los resultados materiales y prácticos de una acción, es obvio definir a la salud como el estado en el que alguien sea capaz de “funcionar”. Dicho con menos brutalidad, es el estado en el que se puede crear cuando se está en capacidad de trabajar, entendiendo por “trabajar” la(s) acción(es) que tiene(n) por objeto la producción de un satisfactor o de alguna cosa con la que se logre superar una necesidad, generalmente de orden material. Esperando que se me perdone esta digresión, voy a narrar una anécdota que escuché hace tiempo:

—Bueno, ¿pero usted en qué trabaja?

—¡Soy escritor!

Después de unos segundos, la persona que hizo la pregunta, con incredulidad insistió:

—¡No, ya en serio! ¿En qué trabaja, de qué vive?

No es ociosa esta divertida crónica. En ella descubrirá el lector avezado que, para el común de la gente, eso de la cultura y los valores superiores no son actividades de personas sanas. Si no se puede comer o meter al banco en una cuenta de ahorros o cheques, no es trabajo y es cosa de locos, y los locos no están sanos, no tiene salud.

Ahora viene mi turno: no creo en esa definición de salud. Obviamente escribir no es sano... ¿Qué pasaría si digo que la salud es la capacidad de encontrar la Felicidad con lo que se tenga? Y aquí el argumento se origina en mi persona, pero tiene mucho alcance: por mucho que se trabaje y se produzca, si las personas lo hacemos únicamente porque hay que cumplir las “reglas” de la sociedad, lejos de estar en camino de ser felices nos estamos alienando.¹¹ Y podremos pasárnosla muy a gusto, pero el Fin es del todo ajeno; lo que es peor, es totalmente artificial. Más aun, gran cantidad de veces ese exagerado trabajo lo único que hace es trastornarnos llegando a extremos verdaderamente alarmantes. Lo grave es que, debido a la deformación que nos imponen las presiones sociales, creemos que sólo aquello que hacemos bien, o lo que sea más productivo, o lo que el grupo necesite en ese momento de su historia o de su economía, es lo que debemos hacer, ¡sin importar el costo que a

11 Un médico amigo mío, el Dr. Parás, ofrece en uno de sus libros la siguiente definición: “La salud es la primera de las Libertades”. (Meditémoslo un rato.)

150 corto o largo plazo debemos pagar! Porque lo vamos a pagar, no se nos olvide aquello de la historicidad...

En párrafos anteriores mencionaba yo algunas emociones que a los seres humanos nos pueden causar trastornos físicos; fueron sólo un ejemplo, desde luego hay muchas más y de efectos mucho más devastadores, pues sus alcances son mayores —tanto en intensidad como extensión—. De hecho, se podrían escribir tratados enteros acerca de cada una de estas emociones y, por supuesto, nuestros amigos psicólogos los han escrito ya. Pero a nosotros no nos interesa verlas desde ese punto de vista: el de la conducta o comportamiento, que más bien son el efecto, que es con lo que ellos trabajan, para lograr modificarlo(a). En este escrito tenemos otro objetivo: investigar las causas, y para nuestra incomodidad, no cualquier tipo de causas: han de ser las que busca el filósofo, las más recónditas.

Es necesario abrir aquí un paréntesis, en el que debo aclarar y precisar varias ideas. La digresión no será corta, pero es indispensable hacerla pues espero poder mostrar muchos —que no todos— (de) los prejuicios, errores, equívocos, falsas concepciones, malos entendidos, “fórmulas de cortesía” del todo fuera de lugar y, por si ello no fuera suficiente: cacerías, persecuciones, segregaciones, ocultamientos..., y quién sabe cuántas otras “linduras”, de ésas que nos fascinan (todavía) a los miembros de la “especie dominante” de este planeta. Espero ser capaz de llegar al incómodo origen de todo lo anterior para que podamos ver que si es incómodo, lo es porque lo hemos rodeado todo de tabúes y de miedos totalmente infundados; miedos y tabúes “erigidos” por la ignorancia para protegernos... de la verdad. Pero siéndole fiel a ella, la verdad, debo participaros que la primera persona del singular fue la que adquirió para mí esta información y, por ello, según lo digo en el Prólogo —y todo el Proemio está pleno de esta opinión—, en este trabajo no estoy buscando cultivar la novela, en la cual sí es válida la anécdota como justificación; es más, muchas novelas no pasan de “meros anecdóticos”. Lo problemático de esto es que aquí estoy buscando hacer Ciencia, no sólo Ciencia, sino Filosofía, busco lo universal y la anécdota no lo alcanza, eso descalificaría mi argumentación por insuficiente y caería yo en lo que critico a muchos “científicos naturales” que, al trabajar con animales, “no se cansarán de comentar anécdota tras anécdota, creyendo que las meras anécdotas son un argumento válido”. ¡Ay! Sí, lo único que pido es que no olvides, amable lector, aquello de la reflexión y bien pronto estarás de acuerdo conmigo en que toda

esta digresión no narra anécdotas, más bien es un meditar acerca de un tipo de vivencia humana. Pero basta de circunloquios.

Sin más, abramos el foro: algo que no nos causa ningún problema pues está inserto en nuestra idiosincrasia y es ya parte de nuestro idioma es el referirnos a una persona en cualquier situación de anormalidad como “una persona enferma”. Y casi siempre y de forma automática asociamos mentalmente el sufrimiento con alguna enfermedad que muchas veces nunca existió, esto dicho muy a la ligera. Es más, si lo analizamos con un cierto cuidado, para la persona que vive esa situación, ésta puede ser su “normalidad”. Un ejemplo aquí nos dará mucha luz: para una persona ciega de nacimiento, no ver no representa ninguna falta de salud, es más, siendo un algo audaz me atrevo a afirmar que no es —para ella— ningún “mal”; sin embargo, para el común de la gente: “ese chavo (o chava) está, obviamente, enfermo(a)”. Y lo que con toda probabilidad está sucediendo es que quienes pueden ver se sienten incómodos en su presencia y, para ocultar su incomodidad o nerviosismo, lo o la tratan como si fuera “un objeto de culto” al que hay que reverenciar con un tratamiento de lastimera piedad, que más bien se dirige a la sensiblería de las personas que por no tener ningún problema con sus facultades y/o sentidos, se creen en ventaja desleal ante nuestro “desventurado” personaje, a quien, como un modo de pleitesía, se le imponen algunos títulos “honoríficos” como el de “invidente” o el de “cieguito”. Además, un problema mucho más serio por todas las implicaciones Ético-Sociales que esconde nos surge cuando en una plática —hasta intrascendente— con alguien a quien consideramos como persona culta, de repente nos sale con palabras de ternura refiriéndose a grupos de gente como “los negritos” o “los inditos”. ¡¡PELIGRO, PELIGRO, ALERTA!! Prejuicios o vestigios de racismo. De esto no voy a hablar, lo dejo a tu reflexión.

Y no se crea que exagero, esto pasa hasta en las mejores familias, basta ser un poco observador para que nos resulte insoslayable.

Es necesario ser absolutamente precisos en este punto. No puede haber duda, cuando hay una enfermedad —diagnosticada o no como tal por un médico— el sufrimiento del paciente no se pone en tela de juicio; hacerlo sería jugar a la lógica sin reglas y eso ¡no se vale! El enfermo sufre porque al luchar contra las enfermedades distrae fuerzas que debería estar empleando en buscar la Felicidad o algún otro fin para el que tenga expectativas labradas. Pero ni aun en este caso es válida la postura “de lastimera piedad” adoptada

152 por los que rodean al enfermo y más comúnmente por aquéllos que van a cumplir con el precepto de las obras de misericordia; lo que de ninguna manera excluye el que se le otorgue, una que otra vez, alguna concesión, una especie de obsequio para “levantarle el ánimo” y pueda así “luchar” más eficazmente por recuperar “su salud”, es decir, que pueda volver a su búsqueda de la Felicidad, como veremos más adelante.

a. La normalidad

Ya he sacado a la luz varias veces el concepto “normalidad”, pero he dado por supuesto el que todos entendemos lo mismo al emplearlo; puede ser que esto no suceda así, y que cada quien al usarlo no lo haga con la misma idea en mente. Creo que si hacemos una rápida encuesta nos toparemos con varias pequeñas grandes sorpresas. Desde luego vamos a preguntarle a personas que nosotros consideramos poseen una cultura, digamos a nivel de licenciatura de una “buena” Universidad (entrecomillado, ni modo) o a personas que estén usando continuamente el concepto. Sería ingenuo de nuestra parte no esperar que una gran cantidad de gente nos conteste con el clásico: “¡Normal es lo que hace todo el mundo!”. Y como no se trata de ir más a fondo, vamos a poner cara de inteligente satisfecho y replicaremos: “¡Okey!”, aunque nos hayamos dado cuenta de que en realidad no se nos dijo nada. Alguien nos va a decir que “normal es aquel cuate que puede hacer lo que quiere cuando puede”. Y nosotros no vamos a pedirle a la persona que nos dé más explicaciones. Por supuesto nos encontraremos con quien se acaba de despertar y nos denoste con que en ese momento..., mejor lo dejemos en paz.

Lo que trato de hacer ver con esta argumentación es que muy pocas personas tienen la capacidad para encontrar la verdad en la sencillez y se van a meter a buscarla en los agujeros de los ratones, como lo advirtiera el gran español. Cualquiera diría que el intento de aclarar el concepto de “normalidad” es inútil, pues a lo más a que vamos a llegar es a establecer que por debajo de él hay otro en el que se basa. Este otro concepto es el de “promedio”. Resultaría así que “lo normal” es aquello que no se desvía, más que en cierto margen, “del promedio”. Nada más alejado de la verdad. Sí hay ese concepto básico, pero no tiene nada que ver con la mayoría, como lo sugiere la idea de promedio, de hecho, la mayoría es tal porque, quizás aun sin saberlo, se atiene a la “norma”. Creo que resulta fácil ver que lo “normal” es aquello que sigue la norma, o si se quiere usar en otras palabras, se pueden emplear “regla” o

“ley” o cualquier otra en la que subyazca el elemental concepto de “orden”; y, desde luego, nunca en su acepción de “mandato”, sino en la de “una correcta y/o adecuada disposición de las partes con miras al bien del todo”.

Ahora bien, retomando lo dicho antes y profundizando en ello debo decir que, si bien el concepto de “normalidad” es uno relativo, la verdad es que lo es hasta un cierto grado. Pongamos algo muy en claro: **cada ser humano posee su normalidad**, es decir, cada ser humano impone sobre sí la norma; pero no olvidemos el adagio metafísico según el cual “lo que se recibe es recibido al modo del recipiente”, lo que traducido —muy libremente— a nuestro asunto, quedaría así: “lo propuesto se ejecuta al modo del que lo propone”. Desde luego que “lo propuesto” aquí es la norma: esto es importantísimo para mostrar que la normalidad es asunto de UNO. Y por lo mismo la pregunta, ¿normalidad, según quién?, es una tremenda tontería, pues en la vida diaria es muy común que la gente viva bajo normas que le son impuestas por otros (que van desde los padres o abuelos y llegan a la sociedad en conjunto por medio del “Estado”; pasando por el marido o su contraparte femenina, alcanzando, a veces a la suegra y a quién sabe quién más). Una persona madura e inteligente debe ser capaz de poner coto a las “influencias” que no la beneficien. La proposición de mi norma es decisión de cada quien, pero de cada quien maduro e inteligente. Resulta, por lo tanto, obsceno suponer que un ser humano (en su sano juicio) vaya a imponerse la norma de un vegetal, aun suponiendo que pudiera llegar a conocerla, ¡es absurdo! Lo que ya no es de ninguna manera absurdo es el pensar que un ciego se imponga la norma humana aplicándosela de manera distinta a como se la impone y se la aplica una persona con una buena visión. Tanto el ciego como una persona que ve bien rigen sus vidas según las normas que cada cual escoge, pero que no pueden apartarse más que en muy escasa “distancia” de lo que pudiéramos llamar “la norma humana”. Sólo cuando la persona no es capaz de regir su vida de acuerdo con su norma, sufre. Pues al cambiar su norma —dicho con mucha libertad de lenguaje— o al tener que cambiar su modo de hacer las cosas, sus expectativas se modifican.

Antes hablábamos de que las personas que viven circunstancias especiales han de asumir actitudes con las que les sea menos “difícil” vivir su vida, teniendo muy claro que la actitud asumida, que no es otra cosa que ese tomar una posición vital ante la existencia, ha de ser la norma bajo la cual conduzcan su ser, dirigiéndolo a la obtención de esa manera personal de ejercer la

154 existencia. Con la que debe estar siempre buscando los modos —hay siempre más de uno— para que su actuar sea benéfico para ellas y todos aquéllos con quienes comparten su vida. De otra forma, si lo pensamos sólo un poco habremos de estar de acuerdo con que sin dicha norma su vida sería “completa y totalmente anormal”. Sin el orden que esperaríamos de alguien dispuesto a alcanzar el Bien y una vida así, no sería vida. Sería absoluto caos. Al carecer de una dirección definida lo único que tiene por delante es ir de un derrotero a otro sin ningún propósito bien definido. Por otro lado, no podemos ser ingenuos y pensar que estas personas que —según lo supusimos— viven circunstancias especiales, son aceptadas igual que cualquier otro ente humano por todos los demás colegas a quienes se les aparecen. No, lamentablemente hay muchos hombres y mujeres que consideran que dichas personas no son sus semejantes, con el nefasto resultado de no permitirles ni siquiera su acercamiento, mucho menos su proximidad. Necesitaríamos ser verdaderamente muy tontos para no ver lo obvio: una de las máximas urgencias de estas personas es ser vistas como cualquier hijo de vecino, lo que por hipótesis de trabajo (y por experiencia personal) no ocurre. La norma no puede ser otra sino la que imponga el Fin más urgente, el Fin inmediato: ser aceptadas como se acepta a los otros. La norma pasa a ser una búsqueda de la forma de ocultar esas “circunstancias especiales” que obstaculizan la convivencia con la mayoría. Naturalmente hay Fines ulteriores, sería estúpido y ofensivo no asentarlo, pero aun siendo más importantes que el arriba citado (ser aceptado por otros), para la persona estos actos quedan supeditados al antedicho porque simple y sencillamente el ser humano no lo es a cabalidad estando aislado. Y si la causa de ese aislamiento es —algo tan absurdo— como un aspecto corporal extraño (y aquí piénsese lo que se desee), la prioridad es obtener el aspecto corporal promedio. La norma que conducirá a la actitud es **buscar ser y hacer lo que la mayoría es y hace en aras de ser aceptado**; empero, en esto hay “un no sé qué, que...”, se me da por tener esperanzas de que en una persona fuerte y segura sin importar su aspecto externo, su humanidad se halle incólume si posee algo espiritual que sea digno de participarse con sus congéneres: una cultura suficiente, una disposición alegre, un ánimo de aprender para después darse, un deseo de escuchar y ayudar en lo que se pueda, un espíritu de entrega y servicio a los demás, en fin, un ser humano como debe ser. Y se me dio por creerlo ya que me figuro que para estas personas su manera de ejercer la existencia, la actitud asumida —que es esa toma de posición vital ante la misma existencia—, la norma que imponen en su vida y a la que se

sujetan y el Fin al que aspiran acceder, son una y la misma “cosa”: la bondad, la verdad, la belleza y la afirmación del ser, acercándose al Ser.

En todo esto surgen muchos bemoles: ¿qué pasa cuando se presenta una enfermedad? **Las enfermedades son causa de sufrimiento únicamente cuando hacen al enfermo perder sus expectativas.** Tomemos un ejemplito —de lo más ingenuo— para ver hasta dónde es verdad esto: una persona con una (o varias) caries dentales tiene una infección, de ello no hay duda, pero supongamos que esta persona no ha tenido ningún síntoma —léase dolor—, queda claro que nos encontramos ante un proceso infeccioso y, por lo mismo, ante una verdadera enfermedad. Sin embargo, la persona no lleva a cabo ningún cambio en su modo de vida: continúa rigiéndola con la misma norma, como si estuviese sana. No sufre —ni se acongoja—, no ha perdido ninguna expectativa, todavía. Por otro lado, alguien que de pronto se vea forzado a cambiar su modo de trabajar (porque el ambiente del lugar de trabajo cambie más allá de su potencial de adaptación o porque el nuevo trabajo que le fue asignado no le permite el desarrollo personal que esperaba lograr con él, razones hay muchas y se pueden decir de mil maneras, ¡vamos!, no le gusta lo que hace), le costará mucho esfuerzo encontrar el modo para superar su frustración y “enderezar” sus expectativas, adaptando las anteriores a la nueva (o permanente situación) y hasta que lo alcancen, sufrirá. Es claro en estos dos ejemplos que, por un lado, una enfermedad real (y pude haber citado alguna verdaderamente grave) no le produce sufrimiento a la persona, y si en cambio algo que no tiene —¿nada?— que ver con su salud, lo produce, parece entonces que no es válida la exclusividad que le atribuye la gente a la enfermedad como la causa del sufrimiento de la humanidad.

Ciegos, sordos, mudos, personas con algún “defecto” físico congénito, parapléjicos, personas que han sufrido una amputación, hemipléjicos, personas que no pueden moverse a voluntad, personas a quienes se persigue injustamente, personas con quemaduras, albinos, pobres, marginados, hambrientos, débiles de carácter, oprimidos, temerosos, escrupulosos, quienes no saben o no pueden amar, violentos, quienes no saben o no pueden perdonar, los que se consumen en sus odios, los ambiciosos, los que se prostituyen para poder vivir, aquéllos que dependen de algo, avaros..., en quienes sólo hay vacío, son egoístas, envidiosos (la lista *ad infinitum*). Ningún(a) de ellos está enfermo(a), según mi modo de verlo (claro que es posible que yo sí sea un invidente, pues no veo la verdad de las cosas); quizá sí lo estuvo en algún

156 momento de su vida y esa enfermedad (¿pudo haber sido una lesión o un accidente?) provocó la situación que vive. Ya no cabría entonces hablar de “enfermos”, sino de “personas que viven en la(s) secuela(s) de aquello que ahora los atenaza”, y en los demás casos bien se vale la aplicación del término “víctimas”. El caso es, en mi opinión, que cualquier palabra que se nos ocurra y con la cual lo etiquetemos, tarde o temprano le va a quedar corta, pues su vida no gira en torno a la situación que pretende describir el epíteto. Hace mucho que se empezó a querer cambiar la mentalidad de la sociedad y creo que algo se ha logrado: ya no oímos en los medios referirse a estas personas como “inválidos”; ahora sencillamente se sonrojan al llamarlos como los llamen.

Pero no pequemos de ingenuos, debemos preguntarnos: ¿cuál es la causa del conflicto? Sin duda para mucha gente el problema tiene su origen en la idea equivocada de “normalidad” que se trae desde el comienzo de los tiempos. Idea que, como ya vimos, está basada en la noción de “promedio numérico”, en el aspecto puramente cuantitativo de las cosas, innegablemente mucho más fácil de asimilar y manejar que cualquier noción cuyo fundamento sea el correcto. Y ni para qué mencionar que su punto de partida está ligado a conceptos de carácter ontológico. ¡Eso de andarse inmiscuyendo con el ser de las cosas es cuestión delicada y sutil!

Empero seguimos lejos de una solución a nuestro problema: ¿qué sucede con estas personas que “siendo como el común de los mortales, no son como el común de los mortales”? ¿No será acaso que no son parte integrante de la humanidad y forman su categoría aparte? Pero aparte ¿de qué? Aparte de la mayoría de los hombres, lo que los convertiría en alguna especie de “infra-hombres”. Sólo que eso es ontológicamente imposible y como ya lo establecimos en el capítulo anterior: “que en el preciso instante en el que el núcleo del espermatozoide deposita su material genético en el núcleo del óvulo y la nueva célula adquiere sus 46 cromosomas (o más o menos, dependiendo de alguna alteración patológica, ello no importa): en ese mismísimo instante la nueva célula es ya un ser humano. Sí, la fecundación...”. Aquí la cuestión es el acto de toma de conciencia de que un ser humano es un ser humano desde siempre y en todo lugar y circunstancia; pero como la decisión es absolutamente libre, cabe la posibilidad de las “razas superiores”.

¡No! La cosa no va por ahí; la cosa está en la persona como lo dije arriba al hablar del ciego, para él (ella), el que en el mundo no haya luz es lo que es y siempre ha sido, es lo normal. Pero no seamos ingenuos y presumamos

que esta persona no va a tener problemas al entrar al mundo de todos los días, por supuesto que los va a tener; empero, creo que no hay que ser alguien de excepcionales dotes de perspicacia para darse cuenta de que los problemas que tendrá que superar son problemas para él, simplemente porque el mundo del diario está hecho por gente con luz en los ojos, pero tal vez, y esto es lo que parecería prevalecer, llenos de oscuridad en la cabeza... Por esta mera circunstancia del mundo, que es la “más común” y la que comparte y de la que goza el mayor número de entre los seres humanos, es que el mundo no ha sido construido tomando en cuenta las necesidades de las personas que no comparten esa circunstancia, que nada más es la “más común”, pero es sólo eso, una “simple” circunstancia.

Sin embargo, y en esto haré hincapié, no creo que se deba hacer demasiado escándalo porque determinados grupos de personas, a nuestro parecer, tengan problemas para moverse en el mundo de los simples mortales. Si para una persona ciega, por ejemplo, hay muchas barreras infranqueables, no es menos cierto que todos, en alguna ocasión al menos, nos hemos visto imposibilitados para llevar a cabo un proyecto; y esto puede ser potencialmente más dañino para nosotros que un escalón para alguien que tenga que deambular en silla de ruedas. Y esto, no por una causa extraña sino sencillamente porque esta persona ya está acostumbrada a esa contingencia, es “lo normal” para ella, porque en todos los lugares a los que va hay escalones. Pero ¿qué tal que la calle por la que pasamos diario nos la encontremos cerrada por obras de remozamiento? ¡Por lo menos nos enojamos!

A donde quiero llegar es a que nos percatemos de que es del todo irrelevante si nosotros lo percibimos como un problema, en última instancia, es nuestra percepción, y no de la persona que vive esa situación. Para ella no es un problema, para ella no es más que un modo de actuar: su modo de actuar. Igual que para nosotros cuando nos topamos con una situación nueva: o nos adaptamos o (metafóricamente) perecemos. Lo indiscutible es que para la persona que no comparte nuestra normalidad la situación no es nueva; es más, para ella es parte de su vida, es su circunstancia. Y esto es el meollo de la argumentación: la persona cuya normalidad es distinta de la nuestra, lo único que hace “diferente” es vivir y actuar según su conveniencia (¡el hilo negro, el agua tibia...! Y ¿quién no actúa según le conviene?).

Repito: la única diferencia entre nuestro congénere y nosotros es que lo que para nosotros es una mera situación, para él (o ella) es toda su

158 **circunstancia, es su condición de vida; es, dicho con mis palabras: “su muy personal modo de ejercer la existencia”.** Y también cabe aquí la nota en el paréntesis que cierra el párrafo anterior.

Pero es más que válido, obligado, hacer la siguiente pregunta: ¿qué es lo que hace importante esto último en relación con la “anormalidad” de alguien? Debemos tener muy en cuenta que el mundo de esta persona es un mundo radicalmente diferente al nuestro; y al decir esto caigo en la cuenta de que “cada cabeza es un mundo”, pero si cada cabeza es un mundo es evidente que no puede hablar de algo tan abstracto como “nuestro mundo” y mucho menos afirmar su radical “diferencia” respecto a “otros”. Pues bien, o el refrán popular es una perogrullada o encierra una verdad mucho más profunda.

Mi planteamiento es que todo ser humano, sin importar sus muy peculiares circunstancias, vive en su mundo, con todas las características que le hay —y le esté dando (a ese mundo)—, desde su personal “punto de vista” que puede, definitivamente, incluir la ausencia física de ella (de visión). En el mundo de los ciegos no hay luz física, hay muchas que podrían “cegar” al insulso. Las personas con limitaciones en sus movimientos muchas veces “nos dan vueltas”; hay pobres envidiados por muchos que dicen tenerlo “todo”; hay sordos conocidos por su música; hay mudos que nos hacen callar... Es gente que lejos de haberse dejado vencer por la circunstancia a la cual fue arrojada, se ha forjado su mundo “a pesar” de que en su vida su condición existencial no parece estar muy en su favor y como que más parecería un gran obstáculo a superar, que una mera forma de vivir la vida.

Aunque hay todavía mucho que decir sobre esto, creo que ya mis capacidades se han visto superadas por mis intenciones, y lo único que estoy haciendo es dar vueltas alrededor de un solo punto. Lo aconsejable es declarar mi incompetencia y cerrar este foro.

11. SUPERACIÓN DEL SUFRIMIENTO

Cuando se habla de sufrimiento, nos sale al paso una pregunta de que podría ser tomada como una perogrullada; mas a poco de reflexionar acerca de su significado y sentido, estaremos de acuerdo en que no es una pregunta que salga sobrando y está bien lejos de ser una tontería. ¿Se puede hablar de una “superación” o “liberación” o “sublimación” o “trascendencia” o “suspensión” o “eliminación” o “reivindicación” o “carencia”, o cómo ustedes lo prefieran, del sufrimiento?

No parece nada fácil aventurar una contestación. Desde luego, no tiene sentido hablar de carencia del sufrimiento si por hipótesis estamos suponiendo que lo hay. Establecido esto, creo que lo más sensato sería analizar una a una las situaciones que planteo en la pregunta; pero me voy a tomar la licencia de dejar para el final de mi respuesta las acciones de “superación” y “liberación”, pues es con ellas con las que me propongo trabajar un poco más profundamente. Por supuesto que es posible pensar como psicólogos y afirmar que la solución al sufrimiento está en la sublimación: hacer un trueque de vida, creando algo valioso donde en apariencia sólo había problemas y obstáculos, con trabajo donde sólo se perciben limitaciones, creando una belleza en el mundo que no se mira a primera vista. Pero tengo un problema intelectual y de experiencia de vida con la afirmación: si bien es verdad que sublimar una situación adversa lo podemos hacer todos —y, de hecho, es innegable que lo hemos llevado a cabo todos en algún instante de nuestras vidas—, me parece que es un acto que se hace en la soledad, con el esfuerzo de un solo espíritu, del todo encomiable y digno de alabanza. No puedo olvidar las palabras del naturalista Jacques Ives Cousteau, que dijo: “el hombre en soledad está en mala compañía”. Estoy convencido de que al contar con un poco de apoyo y afecto, lo que podemos crear se convierte en la obra que, en la belleza que muestra, muestra también el amor, ¡tan importante como el vivir! No puedo, ni en broma, crearme un experto psicólogo, por eso lo que viene en seguida ha de tomarse con todas las reservas del caso: es mi opinión que el proceso de sublimación tiene nexos muy cercanos con otro fenómeno al que psicólogos y psiquiatras también acuden muy gustosos: “los mecanismos de defensa”. Según me decía una psicóloga amiga mía, su unión estriba en que entre menos se tenga conciencia de ellos, más semejanza tienen. En cambio, si algún esfuerzo para superar un mal momento se hace con todo conocimiento sus resultados serán más enriquecedores ya que no serán solamente una mera reacción —instintiva, diría yo— y podremos aprender mucho más de toda esa situación que nos ha movido a actuar de tal manera.

Sobre la suspensión, supresión, eliminación o reivindicación no tengo mucho que decir ya que, más bien, se puede enmarcar dentro del campo y competencia de los terapeutas, médicos, brujos, sanadores, maestros, gurúes, chamanes, psicólogos, consejeros, instituciones, amigos, sacerdotes, pastores o ministros, o cualquier entidad cuyo cometido sea el alivio...

Ahora bien, es tiempo de hablar de lo que nos interesa en realidad: la superación del sufrimiento y la consecuente liberación. Dar una respuesta corta a la cuestión resulta a la vez tan fácil como insulso, pues al decirlo todo no estaríamos diciendo nada. La respuesta corta es que para superar el sufrimiento y alcanzar la ansiada liberación, es necesario dignificarlo dándole un sentido. Sólo que aquí no queremos pecar de insulsos, pues al decirlo todo no estaríamos diciendo nada. La respuesta corta es que para superar el sufrimiento y alcanzar la ansiada liberación, es necesario significarlo dándole sentido. Sólo que aquí no queremos pecar de insulsos ni parecer, en lo posible, ingenuos; sí, porque viéndolo más detenidamente, sólo nos queda un último recurso, preguntarnos: ¿qué diantres quiere decir eso de “dignificarlo dándole un sentido”? ¿Cómo dignificar algo que es, a no dudarlo, malo, y cómo darle sentido sabiendo que *per se* no tiene ninguno? Y aquí es donde tendremos que hacer gala de todo nuestro ingenio, para no parecer ingenuos. Ensayemos la búsqueda de una contestación un poco más elaborada: para superar el sufrimiento y obtener la anhelada liberación no podemos dignificarlo ni darle sentido a tal espantajo, es imposible y absolutamente inútil. ¡La cosa no va por ahí! Lo único que siempre estará allí y con lo que siempre contaremos como materia prima para trabajar somos nosotros mismos y cuando tengamos la presencia de ánimo adquirida por todos los años de apoyo y cariño de los que nos rodean.

Si aquello que no nos deja ser lo que queremos y que nos está robando nuestro futuro como seres humanos es como una bestia a la que resultará siempre imposible lograr extraerle nada más que eso que le hayamos puesto nosotros, cada uno en su cada cual: ¡a esperar!, empecemos a ponerle algo “digno” de seres humanos. En lugar de intentar dignificar al sufrimiento dándole un sentido que no tiene, tengámoslo nosotros. Desde luego, ya lo tenemos por el mero hecho de ser hijos de seres humanos, pero aquí se trata de darnos un mayor sentido encontrándolo en algo que no brota de nuestra naturaleza, sino en algo que se nos impone desde afuera. Ahora bien, con esto en mente y con el siguiente argumento, la conclusión se presentará por sí sola: hemos de partir de un hecho irrefutable, el ser humano aislado no es humano en plenitud. Desde luego posee en totalidad su ser de humano, pero no posee a cabalidad toda su humanidad dado que no puede compartir sus potencias

con otros seres humanos, por lo que verá muy limitadas sus posibilidades de lograr el crecimiento de su persona. Se sigue de esto que, cuando alguien encuentra un sentido a algo y es capaz de compartirlo con los demás seres humanos, aquello a lo que le dio sentido le permitirá enriquecer a todos, dignificándolos. Y la conclusión es que eso que carece de sentido, porque su Fin es impedir el Fin..., no adquiere ni dignidad ni sentido. La humanidad toda avanza, un pasito pequeño si se quiere, si alguien encuentra un sentido a algo y es capaz de compartirlo con los demás seres humanos. Y el resultado neto es su dignificación o, dicho con otras palabras, habrá logrado la superación y la tan anhelada liberación. Ya se ve que sí se puede, aunque cueste trabajo.

De lo anterior podemos extraer una conclusión mucho más profunda. La superación es posible y nos lleva a la liberación siempre y cuando el sentido que encontremos —a eso a lo que se lo buscábamos— lo podamos compartir con nuestros colegas de existencia; sólo cuando ese sentido que se ha encontrado sea igualmente válido tanto para un yo como para el nosotros. Pero mucho más importante, y que se desprende de esto, es que dicho sentido lo sea porque logre que a todos quienes integramos este nosotros —que somos todos los seres humanos— nos ponga en el camino de la Trascendencia, ésa a la que —cada quien a su manera y bautizándola como mejor sea de su agrado, sabiéndolo o no, aceptándolo o no— todos aspiramos. Y por supuesto que no es una trascendencia que se agota en el ámbito meramente terrenal, ¡ojalá fuera así de fácil! No es simplemente una trascendencia mundana, es la Trascendencia. Así, de bruces: nuestro Fin Último.

El señor doctor dejó de serlo cuando le llegó su turno de enfermarse y se convirtió en un “simple paciente” de ésos que había atendido en su quirófano. Ahora tuvo que aprender a callarse y a esperar, ya no dictaba los horarios pues estaba a mercede de horarios ajenos, los de sus colegas doctores. Y empezó la búsqueda para encontrar al mejor, pero se sentía impotente y con el dolor que sus pacientes le decían tener. Y estaba preocupado, pero ahí mismo supo —por primera vez— lo que es la compasión y la verdadera y profunda amistad: su maestra fue una jovencilla que pudiera haber sido su hija, pero que también estaba muy enferma. Nada más le enseñó toda su humanidad. Le entró por cada uno de esos doctos poros y lo cambió, trascendió su doctorado en medicina para ganarse uno mucho más valioso: el grado más alto, el de ser Humano. Y desde ese entonces fue el doctor y el Hombre, que se había perdido en el éxito de su profesión.

162 Los siguientes renglones son para dar testimonio de lo que podemos aprender de cualquiera como él:

Yo creí que sabía del dolor,
 hasta que me encontré a alguien que lloraba
 pues sabía que iba a morir.
 Yo creía que podía ayudar,
 hasta que quien lloraba por saber de su muerte
 me ayudó a sentir, en su compañía
 algo más de mi humanidad
 y tuve que llorar de alegría,
 porque entré a donde sólo de lejos había ido,
 me metí a i ser y lo vi como el de
 todos los seres humanos.
 Ahora sí, ya sé lo que es el dolor
 y creo haber crecido en algo, como humano.

a. Nota sobre el suicidio

La verdad es que el dolor, por sí solo, no se puede considerar como sufrimiento propiamente hablando. Hay, empero, circunstancias en las que de hecho suspende las expectativas: cuando es de una agudeza o extensión tales que impide el normal actuar de la persona, o cuando la persona no posee valores lo suficientemente profundos y arraigados en su ser como para sacar fuerzas y enfrentarse consigo misma en el afán de no dejarse vencer y lograr algún crecimiento interior que la deje enriquecida. En tal caso, es más que probable un colapso total de la persona y de todo aquello que la mantenía en pie. Deja de tener el apoyo que más requiere: el de sí misma; por mucho que reciba ayuda de otros, sólo serán palabras huecas que lo único que conseguirán será su rebeldía ante sí. Esa persona buscará el descanso: es lo ¿único? que necesita, con desesperación. Lo necesita, lo desea y lo busca y lo requiere.

Como dije antes: “el dolor paraliza”, y es precisamente durante estas crisis cuando la persona queda como fuera de sí y del mundo; entonces la falsa opción aparece o cobra forma y/o fuerza en su ánimo. Digo en su ánimo y me percató de que más bien debo decir: la ausencia de él, pues la persona está —repito— paralizada no sólo corporalmente sino también —y aquí está lo verdaderamente grave— está paralizada espiritualmente. No hay ya

inteligencia ni voluntad. Ya no se ve la realidad, lo único que se alcanza a vislumbrar es la infranqueable barrera..., ya no hay para qué ni por qué actuar. Uno actúa cuando prevé que hay posibilidad de obtener el Fin..., pero también cuando puede hacerlo, sin importar el fin porque se tiene toda la disposición para ponerse en acción, si algo en uno la impide, ya que bloquea las facultades que dirigen la deseada acción, es casi imposible o en verdad sumamente difícil llevarla a cabo o siquiera pensar ejecutarla. Y si ya no se pueden hacer las cosas dado que no hay ni siquiera la esperanza de ser capaz de realizar actos, del tipo que sea, el peligro es muy serio pues no se siente uno persona. Se corre el riesgo de obrar como un autómatas, lo que significa que ha dejado de ejercer control sobre su vida por lo cual está uno muerto aun cuando se "siga vivo". Cuando se ha perdido toda esperanza de un cambio, ¿qué otra solución queda sino acabar con tan odiosa situación, de modo rápido y definitivo, que sea imposible que se vuelva a presentar? Ser capaz del último cambio, poner término a todo para recuperar el control. No más parálisis, ningún autómatas actuando por la persona, volviendo ella a ser dueña, ningún dolor que ordene inmovilidad, el espíritu y el cuerpo unidos y actuando en conjunción, como debe ser... Sólo que tal cambio impedirá todos los demás y ya no habrá posibilidad de rectificación o ratificación, pues su resultado es la absoluta y perenne inmovilidad, la privación total y permanente de la apertura a las posibilidades. ¡No más nada! Eso, sí, eso es el suicidio.

Recordemos que estamos suponiendo que la parálisis que produce el dolor es tal que lo impide todo, no sólo la toma de una decisión, sino que quien se halla en tal situación es incapaz hasta de sentir rabia e impotencia, por lo que no puede reaccionar y queda de este modo todavía más fuera de sí. Ya su único horizonte lo ocupa el dolor y la inmovilidad tanto física como espiritual. Ahora bien, si no hay nada, pues tampoco hay bien o mal que permitan el juicio de cualquier acto, así que todo acto es válido, sencillamente porque no es inválido. De tal modo que acabar con la propia vida es simplemente la reafirmación de la persona que volverá a ser ella misma. Se alzarán sobre su dolor, sobre su inmovilidad y es que no se mueve porque el dolor es tanto que ya no hay dolor ni sensación ni —casi— percepción; sólo hay parálisis. Queda claro que la persona en tal situación ya no percibe ni el mundo ni a sí mismo como persona...

La causa por la que el ser humano ha dejado de percibirse como persona es porque ha perdido su libertad. Esto puede parecer exagerado: no lo

164 es. La persona está cansada, agotada y sin fuerzas para emprender nada; me parece que no debe ser difícil caer en la cuenta de que la desesperación no se encuentra lejos; podemos establecer como hipótesis que la persona está buscando un sentido a su situación y, al no encontrarlo, su propio sentido queda en duda y de ahí llega a la conclusión de toda su pérdida. No hay persona sin libertad, dicen los que saben de Ética, y para que haya libertad debe haber conocimiento y voluntad; pero el ser humano que necesita estar sedado porque ni su pensamiento tiene la coherencia que exige tomar decisiones, ya que sólo ve en sí un amasijo que no lo deja ni siquiera tener conciencia, mucho menos podrá tener conocimiento de lo que debe hacer. No tiene voluntad.

Debemos plantearnos la pregunta por la causa de tal estado: ¿qué lleva a una persona a desear suprimir su vida, para acabar supuestamente con una situación que ya no puede tolerar más tiempo? No creo que sea necesario mucho pensar para llegar a la conclusión de que es la desesperación, como ya lo dije, provocada por el cansancio que desespera más y más, acabando por vaciar a la persona de todo su anhelo de búsqueda hasta llevarla a quedar más cansada.

Lo que quiero dejar muy en claro es que, una vez ahí, la persona ha caído en un pernicioso círculo vicioso cuya salida la encuentra en donde no quisiéramos que ningún hombre y/o mujer pusiera su mirada.

Ahora bien, si el dolor físico puede llegar a producir la mencionada parálisis nuestros amigos los psicólogos —a quienes tanto gustan las estadísticas— nos dicen que es raro que un dolor físico orille a la persona al suicidio. Es más común que las causas que arrojan a alguien a ese acto sean más sutiles y, por lo general, no sean de origen corporal.

Si lo que se busca con el suicidio es acabar definitiva y totalmente con el sufrimiento, resulta, de la definición que propuse y jugando con una lógica casi infantil, que este pecado es una contradicción: el sufrimiento se debe a la pérdida de las expectativas. Y entre todos los haberes de la persona, uno importantísimo es la posesión de sus expectativas. ¿De acuerdo? Sin embargo, la única consecuencia del morir es ¡a no dudarlo! la absoluta privación de todo lo que la persona es y tiene. Si no se es, no se puede tener. Ya no sufre, pues ya está muerta; desde luego, no pienso entrar en discusiones con el Doctor Angélico sobre si los muertos sufren o no, simple y llanamente creo que ya nada más están muertos y aunque nuestra curiosidad sea mucha y quisiéramos y pudiéramos preguntarles, no nos van a contestar. Sólo porque

no tenemos los medios para comunicarnos, ¡sufrimos nosotros!, ellos, a lo mejor... Si es imposible saber nada de ellos, de lo que sí podemos estar absolutamente seguros es de que ya no están en capacidad para tener nada a la manera como los que aquí tenemos algo, lo que sea.

Hay casos extremos en los que todo rasgo de expectativa desaparece, por diversas causas —como el ser condenado a muerte o padecer algún tipo de tortura—, de lo que me di cuenta después de reflexionar varios días es que, dado que nadie puede vivir carente de expectativas, lo que sucede en tales situaciones es que las pérdidas de expectativas son situadas por una sola: que acabe todo aquello lo más pronto posible, que la muerte llegue ya. Lo que significa que el suicidio psicológico ya tuvo lugar. Ese ser humano ya está —de derecho— muerto, podemos pensar que todavía está vivo y biológicamente sigue entre nosotros, su cuerpo “se mantiene funcionando”, pero si ya no hay expectativas sólo hay supervivencia, ya no hay posibilidad de crecimiento ni de enriquecimiento espirituales y no me cansaré de repetirlo: el espíritu es a nosotros —seres humanos— lo que el Ser es a Dios.

Es muy fácil morir por algo o por alguien, lo malo es que haya todavía quien crea que es más meritorio esto que el esfuerzo continuo y enriquecedor de encarar la vida por algún ser o ente, sólo que tomándonos la pequeña molestia de hacerlo ¡viviéndola! Solamente así tendrá sentido todo este gran enredo que nos tiene perplejos a todos y que nadie acaba de entender.